

todas las *historias*
que dicen
a la Elena
que robó
con más o menos fuerza
el príncipe Paris
(y allí fue, por eso,
y no fue luego
más,
Troya)

Manuel Palazón Blasco

Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Licencia
Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

esto es para mimaridesa

todas las *historias* que dicen a la Elena que robó con más o menos fuerza el príncipe Paris (y allí fue, y no fue luego más, Troya)

Índice

- I. Patosa concepción y nacimiento rarísimo de Elena, **9**.
- II. Elena calificada, **25**.
- III. Elena catastrófica, **29**.
- IV. Teseo y Elena, **33**.
- V. Matrimonio de Elena, **45**.
- VI. Robo de Elena, **55**.
- VII. Breviario de la guerra de Troya, **69**.
- VIII. Seltas alrededor de la guerra de Troya, **87**.
- IX. Elena y Deífobo, **101**.
- X. Regresos, **109**.
- XI. Elena Egipciana, **113**.
- XII. “La hija que no ha de ser buena, siete estados so la tierra.”, **123**.
- XIII. Cosas que hubo Elena con Aquiles, **127**.
- XIV. Postrimerías de Elena, **143**.
- XV. Apéndice: Simón el Mago y Elena, **163**.

I. Patosa concepción
y nacimiento rarísimo
de Elena

Prólogo

¿Supo Elena si era hija
de Dios
o de hombre mortal,
nacida de mujer
o de deesa?

Elena no tiene padre
seguro
(esto es corriente),
ni madre cierta
(esto segundo es menos común).

Elena fue hija de Leda
o de Némesis,
si no son máscaras de la misma hembra sobrenatural.

Gastaba el *nombre* de *padre-de-Elena*
Tindáreo, el rey de Esparta,
y, aunque el oficio lo fatigó sobremanera,
lo fue (es la opinión más extendida)
putativo solamente,
otro sanjosé.

Cuentan de su engendramiento mil y una
historias,
y desde ellas fabricaría Elena su *novela*
familiar.

Virgiliana

Virgilio cita las donjuanadas de Júpiter,
que conoció a Europa como toro,
a Leda como “ave cándida”,
o sea, blanquísima,
y a Dánae deshaciéndose
en lluvia de oro.
El poeta andino calla,
muy discreto
(para tapar al bujarrón),
que también arrebató al zagal Ganimedes
de águila,
y lo hizo su camarero olímpico.¹

Sin embargo en la *Eneida* llama
en dos ocasiones
a Elena
“Tindárida”.²

¹ Virgilio, *Etna*, 87 – 90.

² Virgilio, *Eneida*, II, 569 y 601.

Homérica

Homero titula a Elena hija
de Zeus.
El apellido
vale,
que no hay mayor autoridad en estas cuestiones
que la del inspirado
ciego.
O no sirve,
que los poetas descuidarán la verdad
si entienden que afea la frase
(lo denunciaron Platón y Heródoto),
y pudo ser
licencia.³

³ Homero, *Iliada*, III, 418 y 426.

Trágica (*diz* Eurípides)

La verdadera Elena, perfecta
casada,
no pisó Troya.
Sus bodas con Alejandro fueron
viento.
Hera (siempre contraria a Amor) dio al príncipe troyano
un pedacito
de cielo
que la repetía
y encargó a Hermes que llevase
a la Elena de carne
y hueso
hasta Egipto,
donde le dio asilo su rey, Proteo.

Esta Elena se afirma
primero
(y luego)
espartana
e hija de Tindáreo,
pero conoce
la *historia*
que cuentan
de sus principios,
que Zeus,
cambiado en cisne,
pidió a Leda que lo escondiera
debajo de sus faldas,
que un águila venía persiguiéndolo,
y así se ayuntó a ella.
Leda a su hora puso un huevo,
que Elena rompió.
Elena dice esta versión de su portentoso engendramiento
con muchísima vergüenza,
porque parece monstruo de feria.
La cree
y no
(tiene a Zeus, como poco,
por padrino
o santo patrón).

Pero todos,
en la tragedia que lleva su nombre
(Menelao,
y el Coro de Cautivas Griegas,
y la Anciana portera del palacio del rey,
y el salamino Teucro)
la saludan como hija de Zeus Cándido
y Plumado.
La cuestión de su *honra*,
sin embargo,
no toca a su padre celestial,
sino al otro,
al *Viejo*,
al rey de Esparta.⁴

⁴ Eurípides, *Helena*.

Otras versiones

Fue así: Zeus Empalmado (¡Dios
Padre!)
apeteció a Leda
y la cubrió
bajo la figura de un cisne
junto al río Eurotas.
A la noche la Reina se dejó hacer por su marido
terrenal,
Tindáreo.
Cuando tocaba
desovó
Leda.
De un huevo nacieron,
divinales,
Elena y Polideuces,
del otro, demasiado humanos, Clitemnestra y Cástor.

Fue así: Zeus
Cachondo
(¡nuestro Señor!)
acechó a Némesis de estación
en estación
y de mudanza en mudanza
hasta que la montó
(él era cisne; ella
oca, o gansa).
A la noche Leda se dejó hacer por su marido del suelo, Tindáreo.
Némesis hizo su puesta cuando le apretó el vientre,
y abandonó el huevo en el bosque.
Lo encontró un pastor y, juzgándolo
maravilloso,
se lo llevó a la reina,
doña Leda.
Ésta lo metió en una cesta,
lo mimó y,
cuando salió la niña,
la crió como suya.⁵

⁵ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 6 – 7; Higino, *Fábulas*, LXXVII; *Versos Ciprios*, Fragmento 8, Ateneo, VIII, 334 B.

Astronómica

Higino, poeta
estrellero,
fabuló en verso
sobre las plantillas celestes.

Solicitó Zeus el socorro de Afrodita,
que puede mucho en los suspiros
y en los genitales,
pues estaba emborricado con Némesis,
fría y severísima señora.
“Vuélvete águila
y ciérnete
atalayando,
y cubre con tu sombra
a la dueña.”
Zeus, como cisne blanco,
se arrimó a la orilla de las faldas de Némesis.
“Mira que la rapiñera me viene detrás,
y ya se cala,
¿me esconderás debajo de la saya?”
“Deprisa”, se apiadó ella,
y enseguida se durmió.
Acogido a aquel tibio sagrado
Zeus graznó, tembló,
se sacudió las plumas,
y se desahogó.

A su hora Némesis,
agachadita,
puso un huevo
que escondió luego.
Pero aquella semilla
no podía echarse a perder.
Hermes llevó el huevo a Esparta
y lo colocó sobre el regazo de su reina.

Rompió la cáscara Elena
y Leda la ahijó.

¿O pasó
todo esto
con Leda?
No se sabe bien.

En cualquier caso Zeus celebró
su aventura
pintando en el cielo
el cuadro de sus alados amores:
si la noche está despejada
verás ahí
dos constelaciones vecinas,
un águila
persiguiendo a un cisne.⁶

Eratóstenes de Cirene, citando a Cratino,
añade el lugar
de la boda,
la cima del Ramnunte,
en Ática.⁷

⁶ Higino, *Astronomía Poética*, II, 8, <<El Cisne>>.

⁷ Eratóstenes de Cirene, *Catasterismo*, XXV, <<Cisne>>.

Otras metamorfosis

Zeus iba, encendido, (¡el amo
del Olimpo!)
detrás de Némesis.
Ella se transformó
primero
en pez,
cruzando el Océano hasta el final del mundo,
y luego,
por tierra,
fue convirtiéndose,
huyendo del abrazo tremendo,
en esta criatura,
y en ésta,
y en ésta.
Fue en vano,
que en su última metamorfosis
Zeus la cazó
y la violó.⁸

⁸ *Cantos Ciprianos*, Fragmento 8, Ateneo, VIII, 334 B.

Turismo

Pausanias señala cómo,
en sus representaciones primitivas, no hay Némesis
aladas. Las alas,
dice,
se las añadieron
artistas más modernos
para emparentarla con don Amor.
Como dicen los griegos que Némesis concibió a Elena,
y Leda fue nada más su ama nodriza,
Fidias esculpió a Leda
llevando de la manita a Elena
para devolvérsela,
ya criada,
a Némesis.⁹

⁹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 33, 7 – 8.

El buitre y la paloma

Licofrón, en su oscura *Alejandra*,
hace de Zeus un “buitre que aletea sobre las aguas”,
y de Elena, porque germinó de una yema,
paloma.¹⁰

Aquel carroñero

marino

o lacustre

(no se dice si eran dulces las aguas de sus rapiñas)

parece el *ruaj*,

el espíritu

santo,

el aliento divino

que empapó la nada

del principio de los tiempos,

animándola.

Elena valdría tanto,

entonces,

como el mundo.

¹⁰ Licofrón, *Alejandra*, 86 ss.

Huevo celestial

Cayó del cielo
al Éufrates
un huevo gigantesco
que los peces arrastraron hasta la orilla.
Bajaron entonces palomas madrazas
y lo empollaron
hasta que asomó
la Afrodita Siria.

Esta Venus
morena
¿será otro aspecto
de nuestra Elena?¹¹

¹¹ Higino, *Fábula*, CXCVII.

La reliquia

En Laconia, en la iglesia de Las Leucípides,
que fueron hijas de Apolo,
y primas (y cuñadas) de Elena,
cuelga
del techo
un huevo
adornado con cintas
que dicen
que fue
el que puso Leda.
Sus monjitas miman
la estupenda reliquia.¹²

¹² Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 16, 1.

Dos epílogos

Tuvo aquello con el cisne mágico. Al cabo de nueve meses Leda entró a hurtadillas en palacio con la falda arremangada y barro hasta la cintura. Escondía algo en el regazo.

--Has tardado --la riñó Tindáreo--. Y cómo vienes.

--Iba perchando por el río y me pareció ver algo en la orilla, entre las cañas. Arrimé la barca y mira.

--¿Dos huevos?

--De pascua. Pascueros. Pascuales.

Pocos saben qué pájara los puso, si fue Leda, o Némesis, o la Luna, mientras se bañaba en el río, qué gallo perdió plumas y quiquiriquí subido encima de ella. El caso es que Leda, clueca, se arregló un corral en el patio trasero de su alcázar, en Esparta, y empolló los huevos con maniática dedicación. Salieron divinos Pólux y Elena, mortales Cástor y Clitemnestra.

Elena nació
(rompió el huevo)
acabada,
perfecta,
como Venus de la espuma genital de Urano,
o Atenea de la cabeza del Padre,
recién cumplidos los doce, o los catorce, o los quince, o los dieciséis
años
de las princesas
de cuento,
y permanecería en esa edad
fantástica
para siempre.

Elena no tuvo, pues,
infancia,
nació en sazón,
hecha ya para el amor,
apetitosa,
llena de gana.

II. Elena calificada

Homero ¿cómo apellida
 a Elena?
 Muchas veces dice su patria,
 como si importase,
 para hacer hincapié, acaso,
 en este aspecto de su traición,
 llamándola “la argiva”, o “la argólica”¹³,
 siete veces la hace
 hija de Zeus¹⁴,
 una nada más “de nobles padres”¹⁵
 (Leda, dice en otra, tuvo de Tindáreo
 “dos hijos de gran corazón”,
 el jinete Cástor
 y el luchador Pólux¹⁶).
 Debió de tener Elena
 (lo repite en ocho ocasiones)
 muy bonito
 el pelo¹⁷,
 y las mejillas lindas¹⁸,
 y los brazos “cándidos”, blanquísimos¹⁹.
 Y el peplo, aquella vestidura que usaban las mujeres griegas,
 y Palas Atenea,
 suelta y desmangada,
 le caía desde los hombros a la cintura
 ondulándose sobre sus senos²⁰
 (pero en un verso afirma que gasta el vestido
 “talar”²¹,
 arrastrándolo por el suelo).
 El ciego más fantástico juzga también a Elena
 “divina entre todas las mujeres”²²,
 y es, en esto,
 primera María,
 con su *Ave*.

¹³ Homero, *Ilíada*, II, 161, 177; III, 458; IV, 19, 174; VI, 323; VII, 350; IX, 140, 282; *Odisea*, IV, 184, 296; XVII, 118.

¹⁴ Homero, *Ilíada*, III, 199, 418, 426; *Odisea*, IV, 184, 219, 227; XXIII, 218.

¹⁵ Homero, *Ilíada*, IV, 292.

¹⁶ Homero, *Odisea*, XI, 298 – 300.

¹⁷ Homero, *Ilíada*, III, 329; VII, 355; VIII, 82; IX, 339; XI, 369, 505; XIII, 766; *Odisea*, XV, 58.

¹⁸ Homero, *Odisea*, XV, 123.

¹⁹ Homero, *Ilíada*, III, 121; *Odisea*, XXII, 227.

²⁰ Homero, *Odisea*, IV, 304 – 305; XV, 171.

²¹ Homero, *Ilíada*, III, 228.

²² Homero, *Ilíada*, III, 228; *Odisea*, IV, 304 – 305; XV, 106.

Sólo la asemeja a una diosa:
en Esparta,
casada casi cabal, ama
de alcázar,
se parece a Artemisa, “la diosa
de rueca de oro”²³.
¿Son todos estos los nombres exactos de Elena,
o fabulosas muletas
de bardo?

²³ Homero, *Odisea*, IV, 121 – 122.

III. Elena catastrófica

Según Hesíodo

Hubo primero una raza de hombres
de oro,
que se hicieron ángeles.
Vino una segunda raza, de hombres de plata,
que deshonraron a sus Señores
y habitan los túneles subterráneos.
Zeus creó entonces a los hombres de bronce,
hijos
terribles
de los fresnos:
su destino era la muerte
y el infierno.
La cuarta raza fue casi
divina,
de héroes que se perdieron
luchando delante de las siete puertas de Tebas,
por lo de Edipo,
y en Troya,
por lo de Elena.
Unos encontraron la muerte aquí, o allí,
a otros se los llevó Zeus
al fin del mundo,
y no se acaban,
y viven, y viven, felices,
en las Islas de los Bienaventurados,
que crían
tres veces cada año
un fruto dulce como la miel.

La Elena de Hesíodo
es mujer fatal,
catastrófica,
la Señora de la Perdición,
y, enredadas en su maravillosa melena,
trae las desgracias de los héroes de la cuarta raza
que pisó la tierra.²⁴

²⁴ Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 107 – 173; *Certamen*, 318.

Opiniones de Ulises y Penélope

Enterado Ulises durante su visita
al Infierno
del asesinato de Agamenón,
vio confirmada la saña de Zeus,
que había procurado la ruina de los Atridas
en particular
y de muchos de su raza
ayudándose, primero, de Elena,
y luego de su hermana Clitemnestra.
Elena y Clitemnestras son
malas dueñas,
chicas *vamp*,
las desastrosas diosas de nuestros principios.²⁵

Paradójicamente la casta,
honestísima
Penélope
defendió a la puteada Elena.
Un dios,
apoderándose de su voluntad,
tarándola,
hizo que siguiera a aquel lindo forastero
hasta Troya.
Y no se habría ido nunca
si hubiera sabido
que otra vez
los guerreros dánaos
la devolverían a su casa.²⁶

²⁵ Homero, *Odisea*, XIV, 68 – 69.

²⁶ Homero, *Odisea*, XXIII, 218 – 224.

IV. Teseo y Elena

Engendramientos dudosos de Teseo y Pirítoo

En la cuesta que bajaba a la ciudad desde el Pritaneo había una higuera. A su sombra sesteaban Teseo y Pirítoo.

Fardaban de papás.

Teseo decía:

Retiré la piedra.

--¡Éste es mi nene...un forzado! --aplaudí mi madre--. El alfanje y los coturnos son las prendas que te dejó Egeo, el rey del Ática. Iba resacoso aquella mañana.

Yo la miraba perplejo, intrigado.

--¡Nadas como los peces, hijo, y es natural...! --suspiró mi madre mientras me secaba con la toalla.

Yo la miraba perplejo, intrigado.

Mamá me contaba una vez una, otra vez otra. Como si no fuera con ella. Oye lo que tuvieron el rey de Atenas y el dios del océano con la infanta.

Una vez una.

Empiezo con Trezena y Esfera, los teatros de estos amoríos.

Numismática. Abro el saquito de trapo. Vuelco la calderilla encima de la mesa. Son chavos trezenos. Coge uno. ¿Cara o cruz? Cara. Mira. La boca y los ojos...de pescado. Algas rizan la barba, la cabellera. El dueño de los mares. Cruz. Su tenedor poderoso.

Geografía. Trezena es villa marinera, y se asoma al golfo Sarónico. Enfrente y a un paso tiene un morro que según vengan el año, la estación, la hora del día, las corrientes y la marea es isla o peñíscola. Esfera, llamaban al lugar, en honor a un auriga legendario.

Atenea es la santa de Trezena, pero Poseidón es el patrono de sus costas y señor de Esfera. Atenea teje y desteje intramuros; puertas afuera, y en lo mojado, Poseidón puede más. Terció Palas, la alcahueta. Si en sueños te viene la virgen con el yelmo en la cabeza y delantal de cuero de cabra y te manda algún recado, ¿no lo harás pronto? A Etra fue y le dijo:

--Tu abuelo Esfero arreaba el carro de Pélope con maestría. Lo enterraron en la isla de enfrente y descuidaron su culto. Levántate enseguida y honra al difunto, apaciguando su fantasma.

Adormilada, juntó lo que necesitaba para hacer las libaciones y cruzó el estrecho con el agua por la cintura. En la otra playa la esperaba Poseidón. Y la enredó, y la pinchó. De aquellos abrazos escurridizos nació Teseo.

Una vez otra.

El chivo Egeo repudió a sus dos primeras esposas, que no le daban prole. Le encendió cirios a Afrodita, en Atenas. Acudió a Delfos. Allí, en el ombligo del mundo, la Pitia, drogada, balbuceaba. Su trujimán tradujo el oráculo. No desates la boca del pellejo hasta que hayas vuelto a la Ciudad Alta. Qué querría decir. Egeo paró en Corinto, fue a la consulta de la bruja Medea. Egeo iba sumando favores de santos y santones. Para ir a Trezena se desvió otro poco con tal de ver a Piteo, que tenía justa fama de sabio. Piteo entendió inmediatamente el sentido del oráculo, pero no se lo reveló a Egeo. Al revés, procuraría sacar provecho de lo que había aprendido. Su hija Etra se había quedado compuesta y sin novio. Piteo hospedó al rey ático en su casa. La sangre azul es delicada, y se debe mimar. Piteo adobó la cena con alioli cargado, para que corriese el vino sin aguar (desatado el cuero que lo contenía). El mosto animó a Egeo, el cabrito, y a la noche tuvo ocasión de vaciar sus humores en los adentros de Etra. Cuando acabó la chica lo apartó con asco (echaba un tufo chotuno) y corrió a lavarse a la playa. Fue nadando hasta la isla de Esfera. En la arena tuvo trato con Posidón.

Para celebrar los amores de Etra en Trezena las muchachas casaderas pasan las vísperas de sus bodas en la isla de Esfera. Un barquero trae al forastero a la orilla, y la abadesa lo acerca a la capilla que tiene dedicada Poseidón. El recién llegado entra, se alivia con la novia, paga con moneda tridentina y se va. Así aumenta la niña la dote, y la iglesia gana una limosna.

Mamá me tuvo del cabrón o del pez, del cabrón y del pez. Salió del amor escupiendo la cerda del Rey, las escamas de Nuestro Señor de los Mares.²⁷

Pirítoo decía:

La tarde de su casamiento Día dejó el baile y se fue a las cuerdas a despedirse de los caballos de su niñez. Un macho nuevo, que no había visto nunca antes, la rodeó despacio y la montó (si puede ser) cauteloso y violento. Antes de marcharse trotando se presentó con un relincho corto. He sido yo, Zeus Cimarrón. Fue menuda Anunciación.

A la noche Día cumplió como pudo, molida y desganada, con su marido Ixión, rey de los Lapitas.

De aquí o de allí nació yo.²⁸

²⁷ Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 33, 1; Apolodoro, *Biblioteca*, III, 15, 6 – 7; Higino, *Fábulas*, XXXVII; Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, III y VI.

Si en una misma jornada tu madre conoce a un dios y a un mortal lo natural es que conciba mellizos. Uno viene con aura y visado para el Cielo o la Isla de los Buenos, mientras que el otro acabará en los charcos nauseabundos del Infierno. Éste, perecedero, suelta el alma para que aquél pueda vivir eternamente, y feliz.

Etra y Día parieron un niño solamente. Se malogró el segundo, quizás. O falló uno de sus dos sementales. En cualquier caso, Teseo y Pirítoo andaban por ahí echando en falta al gemelo, como quien ha perdido la sombra. No tardaron en hermanarse.

²⁸ Robert Graves, *Los mitos griegos*, 102. a. 3; Higino, *Fábulas*, CLV.4.

Teseo y Pirítoo, amigos por antonomasia

En la cuesta que bajaba a la ciudad desde el Pritaneo había una higuera. A su sombra sesteaban Teseo y Pirítoo.

Examinaban la historia de su atencencia.

--Homero nos citará juntos en sus dos poemas principales.

--Rimando a sus imperfectos personajes, preferiría haber dicho nuestras gestas.

--Aquiles y Agamenón reñían. Néstor los amonestó. Echaba a faltar a Pirítoo y a “Teseo Egeida, semejante a los inmortales”, los hombres que la tierra ha criado más fuertes. Esto en la *Iliada*.²⁹

--Odiseo se quejó de la prisa con que lo echaban del Hades, pues no había tenido tiempo de ver “a otros héroes de ayer, los que hubiera querido, a Teseo y Pirítoo, gloriosos retoños de dioses...” Esto en la *Odisea*.³⁰

--El poeta juzgó proverbial nuestra amistad.

--Es que nada más topar hicimos buena liga tú y yo.

--Fuiste mi ídolo --dijo Pirítoo--. Siendo yo muchacho en Tesalia, en el palacio de mi padre, el rey de los Lapitas, los bardos repetían algunas hazañas de un tal Teseo, un pollo de mi edad. Sólo para que me buscases bajé hasta el llano de Maratón y, metido a cuatrero, te robé una boyada.

--A punto estuve de descalabrarte pero, admirando tu coraje, bajé la maza.

--Desde entonces hemos sido uña y carne.

--Estuvimos en aquella montería tan contada, en Calidón.

--Hicimos juntos escabechina entre amazonas y centauros.³¹

²⁹ Homero, *Iliada*, I, 262 – 266.

³⁰ Homero, *Odisea*, XI, 627 – 631.

³¹ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXX; Apolodoro, *Biblioteca*, I, 8, 2 y III, 9, 2; Apolodoro, *Epítomes*, I, 16 – 21; Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 2, 1 – 2; X, 29, 10; Higino, *Fábulas*, XXXIII.

Novias

En la cuesta que bajaba a la ciudad desde el Pritaneo había una higuera. A su sombra se sentaban Teseo y Pirítoos.

Pasaban las cuentas del rosario de sus cópulas, tristes y nerviosas.

--En mi primera aventura maté al gigante Sinis y violé luego a su hija, huérfana nueva, en un soto de estebas y esparragueras. Así empleada, la casé luego con Deyoneo. En otra, que la repetía, acabé a Cerción e hice fuerza a su niña.

--¡Bah! Eran tus *Mocedades*. Aún no criabas barba, ni tenías dos dedos de frente.

--Todo lo obraba en imitación de Heracles. Hice otras cosas, y peores. Arruiné a Ariadna, pobreta. Usé sus gracias, y luego la dejé dormida en una playa de Naxos.

--No te fatigues con sus trabajos. He oído que Dioniso le tuvo lástima y le ha puesto un pisito en el cielo. Con bodega.

--Ya era alcalde de Atenas cuando secuestre a aquella amazona, no me acuerdo si se llamaba Hipólita o Antíope.

--No digas eso. Se subió a nuestro barco con mucho gusto.

--Años después arreglé mi matrimonio con Fedra, la hermana de Ariadna, para renovar la alianza entre Atenas y Creta. Como mi brava caballera me estorbaba, me deshice de ella. Para colmo Fedra se enamoró del hijo que yo había tenido con la amazona. Me enfadé: a Hipólito le eché el mal de ojo y unos caballos lo han despedazado. Su madrastra ha cogido una cuerda y se ha colgado de un árbol.

--Trágico. Esto, para los teatros.

--He echado a perder a otras. Robé a la trezenia Anaxo. Casé brevemente con Peribea, la madre de Áyax, y con Ferebea, y con Íope, la hija de Íficles. Tuve algo con Egle...³² De todos modos ya ves, no me duran nada, si las conquisto es a lo bruto o con engaños, y al punto las pierdo.

--Consuélate con mi ejemplo. Yo sólo he tenido una esposa, la princesa de Argos, Deidamía. Ya en las bodas, te acordarás, hubo un follón, con tremenda carnicería, con sus primos, los Centauros. He parado poco en casa, y ahora me veo viudo.³³

³² Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, VIII, XIX – XXI, XXVI – XXIX.

³³ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXX.

El rapto de Elena

Los dos compañeros se veían muy solos, sin hembra, y salivando. En el amor habían fallado siempre. Ahora, para ir con mejor tino, puesto que ellos eran hijos de mucho, decidieron que no casarían con ninguna mujer que no fuera hija del Cielo. Supieron de dos. O las soñaron. Core (también le dicen Perséfone) invernaba en el Tártaro con su tío Hades, arrimando el culo al calorcito de las calderas. La guardaban el perro Cerbero y varios hechizos. Era hija de Zeus y de la Señora de los campos de pan. Y Elena... Está dicho. Adrede, creo yo, se han buscado Teseo y Pirítoo novias vedadas, novias tabú, novias yuyu. Es que no pueden, ni quieren, hacerse hombres enteros.

Teseo, dice Helánico, tenía cincuenta años. Vio a Elena (“todavía no era núbil”, era una “doncellita, que todavía no estaba en sazón de casarse”³⁴, tenía “doce años de edad”³⁵) en la iglesia de la Virgen Diana, haciéndole ofrendas³⁶ o bailando para ella³⁷. O jugaba, desnuda, en la palestra, rodeada de chicos en cueros, y sin ninguna vergüenza, pues es costumbre espartana.³⁸ Guiado por una turgencia repentina y dolorosa la robó, claro.

Cerca de las fuentes del río Hílico, que antes llamaron Taurio, Teseo levantó un santuario que dedicó a Afrodita “Ninfia”, que quiere decir “Novia” o “Joven Esposa”, para honrar sus bodas con Elena.³⁹

Teseo consumó su matrimonio con Elena, y ésta tuvo de él una niña, Ifigenia, a la cual su hermana Clitemnestra, para tapar su pecado, crió como suya. El escándalo lo descubrieron, en verso, Estesícoro de Hímera, y Euforión de Calcis, y Alejandro de Pleurón⁴⁰. Pero Elena, cuando sus hermanos los Dioscuros la rescataron, los aseguró, jurando que venía inmaculada.⁴¹

Paris y Elena se escribieron cartas que copió Ovidio. Paris (convidado gamberro de Menelao) comprendía que Teseo la hubiese raptado, y le alababa el gusto. Le extrañaba, en cambio, que la descuidase, que no la retuviese para siempre. Elena protestaba: no seguiría a Paris. La había secuestrado, sí, érase una vez, el hijo de Neptuno, pero no pasó nada, le quitó nada más unos pocos besos, no la tocó, y luego lamentó siempre aquella osadía, que hizo en su edad

³⁴ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXI.

³⁵ Apolodoro, *Epítomes*, I, 22.

³⁶ Higino, *Fábulas*, LXXIX.

³⁷ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXI

³⁸ Ovidio, *Cartas a las heroínas*, XVI, <<Paris a Helena>>.

³⁹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 32, 7.

⁴⁰ Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 22, 6.

⁴¹ Antonino Liberal, *Metamorfosis*, 27.

más torpe y apresurada (sólo Ovidio escribe el primer robo de Elena en las *Mocedades* de Teseo).

Teseo fue o no el primer marido cabal de Elena. Lo que se sabe con certeza es que se la llevó a Afidna, villa ática cerca de Maratón, y la dejó en casa de su madre, Etra, para que la guardase para él.⁴²

Sin embargo algunos, devotos de Teseo, corrigieron esta historia. No, no, dicen, fueron Idas y Linceo quienes se llevaron a Elena y pidieron a Teseo que la custodiase, y éste, entonces, aquerenciado, se negó a soltarla y devolvérsela a sus hermanos. No, no, dicen otros, en otro evangelio, Tindáreo fió su hija a Teseo, ya que temía que Enaróforo el de Hipocoonte, su primo, se la estropease, pues iba detrás de ella, “con ser todavía niña”, y Teseo se la quedó para él.⁴³

⁴² Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 7 – 8; Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXI.

⁴³ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXI.

Infierno

Tuvieron Teseo y Pirítoo un sueño común. En él Zeus los dirigía al Infierno, a ganar la mano de Perséfone.⁴⁴

Hades los obsequió como a huéspedes, y les pidió que se sentaran en sendas sillas que llamaba del Olvido. Obedecieron, muy cumplidos, y quedáronse sujetos a ellas, amarrados por nudos de serpientes⁴⁵, o se pegaron sus traseros al asiento de roca (eso supo Paniasis)⁴⁶.

Era el penúltimo trabajo de Heracles, lo del can Cerbero. Entró en el Infierno y halló a Teseo y a Pirítoo en sus ridículas cárceles. Pudo arrancar de la suya a Teseo, pero cuando fue a librar a su compañero la tierra tembló y tuvo que abandonarlo a su mala pata.⁴⁷

⁴⁴ Higino, *Fábulas*, LXXIX.

⁴⁵ Apolodoro, *Epítomes*, I, 22.

⁴⁶ Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 29, 9.

⁴⁷ Apolodoro, *Biblioteca*, II, 5, 12.

Final de Teseo

Teseo regresó a Atenas muy venido a menos. Destronado por los demagogos, se fue maldiciendo la patria, y murió, o lo mataron, en el exilio. Pero el tiempo pone las cosas en su sitio. Descubrieron mucho tiempo después sus huesos maravillosos, y los enterraron en su ciudad, donde fue subido a la Gloria.⁴⁸

⁴⁸ Apolodoro, *Biblioteca*, II, 5, 12; Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXV y XXXVI.

Los Dioscuros

Según Píndaro, Teseo escogió a Elena para tener a los Dioscuros por cuñados.⁴⁹

Tindáreo hacía al *Viejo*. Nada podía. Tuvieron que salir sus hijos, los Dioscuros, a restaurar su honra. Entraron en Afidnas, rescataron a Elena, y se llevaron cautivas a Etra, la madre de Teseo, y a Fisadia, la hermana de Pirítoo, para que la sirviesen.⁵⁰ La seguirían hasta Troya.⁵¹

Todo esto hicieron los Dioscuros en sus *Mocedades*.

Licofrón, en su *Alejandra*, pinta a los Dioscuros como “lobos”, y dice que llevaban, por yelmo, cáscaras de huevo, y llama “Bacante robada” y “guión de codornices” a Elena.

A su hora los Dioscuros ganarán para sí una suerte extraordinaria: se alternan en la vida y en la muerte, en el Cielo y en el Infierno.⁵²

⁴⁹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 41, 5.

⁵⁰ Apolodoro, *Biblioteca*, II, 5, 12; III, 10, 7 – 8; Higino, *Fábulas*, LXXIX.

⁵¹ Plutarco, *Vidas paralelas*, <<Teseo y Rómulo>>, XXXIV.

⁵² Homero, *Odisea*, XI, 298 – 304; Apolodoro, *Biblioteca*, III, XI, 2.

v. Matrimonio de Elena

Listas de pretendientes

A la fama de las historias
fabulosas
que contaban sobre Elena
(concebida por milagro,
nacida perfecta de un huevo,
hermana de los estupendos Dioscuros,
raptada por Teseo, campeón de Atenas,
virgen
o parida furtiva,
duradera lolita)
acudieron los príncipes argivos a Esparta,
plantaron sus tiendas
en los jardines del alcázar real
y pusieron sitio
a la princesa
soltera.

El *Catálogo de mujeres*,
que armó o no Hesíodo,
supo o inventó quiénes pasearon la calle de Elena,
y sus Casas,
y los regalos que ofrecían en arras.
Sólo conservamos, de él,
unos papiros rotos,
en Berlín.
Dice, por ejemplo,
que Odiseo no traía nada,
salvo la esperanza de ganar
con su astucia
a Penélope,
la prima feúcha,
pero segura y cómoda,
de la linda Elena.
Dice, por ejemplo, que los Dioscuros favorecían
a uno
(pero el fragmento
está roto,
y nunca sabremos
a quién).

Dice también que muchos venían
diputados,
de parte de éste o de aquél.
Que Menelao ofreció
las riquezas mayores.

Apolodoro da la lista de los “reyes de la Hélade”
(treinta y uno)
que se disputaban a Elena,
diciendo sus nombres y sus apellidos paternos.⁵³

Higino cuenta treintaiséis⁵⁴,
de los cuales veinticinco
se repiten en la *Biblioteca* de Apolodoro.
Sólo dice el padre,
para distinguirlos,
de los dos Ayantes,
y la patria de Clitio.
Higino
termina su elenco con modestia:
“Los autores antiguos transmiten otros nombres.”

Esa lista de garzones principales en celo,
¿quién la supo?

Ellos se apuntarían
nerviosos
en aquel censo de amor.

En secretaría
Tindáreo los matriculó
en la clase (de amor) de su hija.

⁵³ “Odiseo, hijo de Laertes; Diomedes, hijo de Tideo; Antíloco, hijo de Néstor; Agapenor, hijo de Anceo; Esténelo, hijo de Capaneo; Anfímaco, hijo de Ctéato; Talpio, hijo de Éurito; Meges, hijo de Fileo; Anfíloco, hijo de Anfírao; Menesteo, hijo de Péteo; Esquedio y Epístrofo, hijos de Ífito; Políxeno, hijo de Agástenes; Penéleo, hijo de Hipálcimo; Leito, hijo de Alector; Áyax, hijo de Oileo; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Elefenor, hijo de Calcodonte; Eumelo, hijo de Admeto; Polípetes, hijo de Pirítoo; Leontelo, hijo de Corono; Podalirio y Macaón, hijos de Asclepio; Filoctetes, hijo de Peante; Eurípilo, hijo de Evemón; Protesilao, hijo de Ificlo; Menelao, hijo de Atreo; Áyax y Teucro, hijos de Telemón; Patroclo, hijo de Menecio.” (*Biblioteca*, III, 10, 8)

⁵⁴ “Antíloco, Ascálafo, Áyax el hijo de Oileo, Anfímaco, Anceo, Blaniro, Agapénor, Áyax el hijo de Telamón, Clitio el ciano, Menelao, Patroclo, Diomedes, Peneleo, Femio, Nireo, Polípetes, Elefénor, Eumelo, Esténelo, Tlepólemo, Protesilao, Podalirio, Eurípilo, Idomeneo, Leonteo, Talpio, Políxeno, Prótoo, Menesteo, Macaón, Toante, Ulises, Fidipo, Meríones, Meges, Filoctetes.” (*Fábulas*, LXXXI)

Investigó
a Agapenor,
a Anfímaco,
a Antíloco,
a Ascálafo,
a Áyax (el Pequeño, el hijo de Oileo),
a Áyax (el Grande, el hijo de Telemón)...
Todos gusanearían
alfabéticamente
en sus pesadillas de *Viejo*
mezquino.

Menelao sacó copia certificada
de los nombres
y domicilios
de sus rivales,
como seguro de honra.

Aquel padrón de moscardones
¿lo recitaban de carrerilla los colegiales antiguos?
¿Sirvió de ejercicio a los aprendices
de bardo?

Elena miró
en el tablón
clavado a la puerta de su casa
los nombres,
los apellidos,
las naciones,
las calidades
de sus repentinos
novios,
y los aprendió para siempre con aprensión,
con miedo,
y muy halagada.

Elena,
en su Isla Blanca
(los ratos que el Rubio Aquiles,
harto de gozar a su esposa maravillosa,
prefiere el juego de las espadas y las lanzas),
distrae las horas interminables
rastreado a sus galanes en el *Catálogo de las naves*,

averiguando en los poemas homéricos
y en sus continuaciones
sus atributos,
sus señoríos,
el número de velas que capitaneaban,
sus gestas,
las maneras de sus muertes
o de sus regresos.

¡Pensar, y soñar, encendidos, a Elena
y luego
estar allí,
en aquel patio,
entre el montón de pretendientes,
mirándola,
oliéndola!
¡Acaso Tindáreo,
para obsequiar a sus incómodos,
peligrosos
huéspedes
(pero no parece prudente),
pidió a su hija
que hiciese alguna monada
para ellos!

¡Bajaría la muchacha entonces
y los examinaría
despacio,
arimándose a sus novios,
tentando sus gracias,
tentándolos,
estudiando su conversación,
midiendo
hombrias,
calándolos!

Mucho después,
en su dulcísima cárcel troyana,
a la noche, en sus altas y apartadas habitaciones,
oiría cantar las gestas
de los héroes
que la quisieron
érase una vez
(pero su aedo no los favorecía),

o los vería,
atalayando desde la muralla,
matar
y morir
por ella.
Acaso los soñaría,
húmeda,
abrazada a París.

Reñirían,
para ganarla,
todos estos difíciles vecinos,
y Anceo y Agapénor,
que eran padre e hijo,
y Esquedio y Epístrofo,
y Ascálafo y Yálmeneo,
y Áyax y Teucro,
que eran hermanos.

La elección

Hoy Leda peina a Elena en la terraza.
Abajo
en el patio
se han juntado
los príncipes solteros de la Hélade.

Aquiles era uno,
o no.

Paris faltó, o tardó.

Todos traen regalos
menos Odiseo
(él tiene olida a Penélope).

--Mamá, ¡cómo me miran esos señores!
--Ya te lo decía yo,
con lo mona que eres
ibas a llevar de calle
a todos los chicos del barrio.
--Gruñen,
ladran,
echan baba...
¡qué asco!
--Es que hueles a amor, nena.
--¡Ay!
--¿Qué?
--¡El pelo...me lo has estirado...!
--¡Pues estáte quieta!
Lo tienes tan dulce que las trenzas se deshacen.
--Mamá...
--¿Sí?
--¿Papá sabrá catarlos?
--Pobrecita mía.
En los tiempos de Maricastaña
y entre otras gentes
escogía la novia,
o la suerte.
Vinieron los griegos y se acabó.

Ahora tu padre estará midiendo
tierras,
sumando olivos,
cepas
y almendros,
pellejos,
calderos de bronce,
espadas de hierro.

--Los he examinado --dijo Tindáreo a Leda,
pero no la miraba--
y gana Menelao,
que puede,
y ha traído,
más.
Tiene muy mala sangre.
Negra
y espesa
como la que se estanca en las venas
de su hermano Agamenón.
Me ha amenazado,
y no quiero follones
ni berrinches.
--¡Lindos huéspedes!
--protestaba Leda--.
Así te van pagando el refugio que les diste.
Mi Clitemnestra vivía contenta,
novensana
y recién parida.
Vino Agamenón y le mató
al marido
y al bebé.
Después el asesino se casó con la viuda,
quisiera o no (que no quería, no).
Nuestros chicos, Cástor y Pólux,
pusieron pegas, pero tú tragaste.
--Y puse a nuestra hija (acuérdate, ésta
era mortal)
en el trono de Micenas...
Ahora, con este otro matrimonio,
emparentamos más estrechamente con los Atridas.

--Y el anuncio ¿cómo lo darás?
Los demás me pondrán la casa patas arriba
cuando lo sepan.

Odiseo le susurró algo
aparte.
Si Tindáreo alcahuiteaba para él
delante de Icario, su hermano,
para que le diese a Penélope,
le diría cómo tener unas bodas pacíficas.

Tindáreo congregó a los pretendientes dando palmas.
--¡Follones! Cuando dé el nombre
del novio
os enfadaréis,
iréis a las manos
y a las espadas,
se la querréis quitar.
El Corro de perros jadeaba.
Tindáreo sujetaba de las riendas su mejor caballo.
De un machetazo
lo degolló.
--Meteréis la mano en la herida
abierta
de este animal que he consagrado a Poseidón
y prometeréis defender al elegido.
Si luego faltáis al juramento,
el dios con cola de pescado os mareará.

Pero Higino dice
que Tindáreo dio licencia a Elena
para elegir.

Al poco desaparecían los Dioscuros.
Por gracia de Zeus
se alternan arriba y abajo,
aquí y en el más allá,
y Tindáreo, sin más herederos varones,
entregó a Menelao,
su yerno,
el reino de Esparta.⁵⁵

⁵⁵ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 8 – 9; III, XI, 2; Higino, *Fábulas*, LXXVIII; Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 20, 9; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, <<Helena a París>>; “Hesíodo”, *Catálogo de las mujeres*.

VI. Robo de Elena

Género

Salen el *Vejete*, la *Dama* y el *Estudiante*, la Trinidad
cómica,

y parece que vayan a representar
algún paso gracioso.

La Esposa, moza, se fuga con el Tuno,
y le roba al Marido la bolsa,
siguen

la pataleta del cornudo,
el escarmiento de los burladores,
y el baile
final.

Mira más despacio.

No, no es entremés,
sino melodrama
y cantar de gesta.

La dicha de los amantes tiene calentura, va
con prisas,
se sabe pasajera.

El aedo va amontonando en sus hexámetros los muertos,
anegando acequias con la sangre que bullía,
épica
o enternecida.

El sueño de Hécuba

Paris Alejandro llevó siempre, cosido
al trasero,
rabo de aojaduras
y malos agüeros.
Fue muy malhadado.

Hécuba, segunda vez preñada,
soñó que paría una antorcha en llamas que incendiaba, primero,
el Monte Ida,
y luego los templos y toda la ciudad,
ahorrando las casas de Antenor y Anquises.
O salían, del hacha, serpientes.
Licofrón, en su *Alejandra* (86),
verá a Paris como “tea alada”,
abalanzándose sobre una paloma (su Elena).

La Reina comunicó el sueño a su marido, Príamo.
Su soltura ocupó, o distrajo, a muchos.
Los adivinos de plantilla de palacio lo estudiaron.
Casandra lo supo, y se espantó.
Lo leyó Ésaco, aprendiz de brujo.
Y la Sibila Herófile, en el bosque sagrado de Apolo Esminteo,
subida a la piedra, oyó
de su musical
Señor
el oráculo.
Todos dieron el mismo aviso al Rey:
por la criatura que naciese de Hécuba
ardería Troya.

Pero se equivocan a veces los profetas.
Y a Casandra,
porque no quiso ayuntarse con Apolo,
no le hacen caso, la ponen
de tarada.
Y a Ésaco lo tuvo el Rey de su primera mujer, Arisbe,
y luego la había repudiado para casarse con Hécuba:
¿no hablaría lleno de rencor,
que había desairado el Rey a su madre?

Y Herófile se titulaba
Artemisa,
y se decía hija, hermana o esposa favorita de Apolo,
no era de fiar.

Mandó de todos modos el Rey que matasen al niño.
Pero la Reina se lo dio a unos pastores del Ida,
para que lo criasen.
O Agelao, el asesino a sueldo,
lo abandonó en el bosque y,
volviendo al lugar donde lo había dejado cinco días atrás,
vio que lo amamantaba una osa,
y se lo llevó a casa para que lo criase su mujer.

Cuentan otra historia.
En ésta falta el sueño de Hécuba.
Palabras potentes, pronunciadas debajo de la tierra,
aconsejaban al rey que terminase con la recién parida y con su hijo.
Dieron a luz Hécuba y Cila, su hermana, el mismo día.
Príamo mandó matar entonces a Cila, “la novilla”,
y a su cachorro, Munipo.⁵⁶
Erró.

⁵⁶ Licofrón, *Alejandro*, 86, 224; 314 ss.; Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 3 – 5; Higino, *Fábulas*, XCI; Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 12, 1 – 6; *Dictys Cretensis* III, 26; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, XVI, <<Paris a Helena>>; Eurípides, *Andrómaca*, 293; Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, IV, 42; Virgilio, *Eneida*, VII, 319 – 321; X, 705 – 706.

Rústicas mocedades

Gastó dos nombres, uno
rústico,
el que le dieron los pastores,
Paris,
y otro que ganó
porque era el ogro de los cuatreros,
Alejandro.⁵⁷

⁵⁷ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 5; Virgilio, *Bucólicas*, II, 61.

Enone

Seguían a Paris, perdidas
de amor,
las ninfas del Ida.
Él prefirió
a una,
Enone,
de aguas dulces,
hija del río Cebrén,
y tuvo amores pastoriles con ella.
Enone supo cosas que dijo al amigo. Serás
mi traidor particular.
Me dejarás por una extranjera
que arruinará tu Casa.
Caerás defendiéndola.
La herida,
ponzoñosa,
te acabará
poco
a poco.
Me llamarás (sabes que aprendí
de Apolo,
que me quiso antes que tú, la ciencia
médica).
No iré, rabiosa.⁵⁸

⁵⁸ Partenio de Nicea, *Sufrimiento de amor*, IV, <<Sobre Enone>>: cita a Nicandro de Colofón [*Sobre los poetas*] y Cefalón de Gergita [*Historia de Troya*]; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, V, >>Enone a Paris>>, XVI, <<Paris a Helena>> y XVII, Helena a Paris.

El juicio

Fueron las bodas de la Nereida Tetis y Peleo, rey de Ptía
(esa primera noche ellos engendrarían a Aquiles)
y Zeus no invitó a Eride,
genio hembra
con alas
y muy mala leche.
Eride, entonces, arrojó desde la puerta una manzana de oro
que fue la famosa de la discordia,
diciendo que tocaba a la más bella.
¿Sería Hera, Atenea o Afrodita?
Zeus se lavó las manos,
y envió a su mujer y a sus dos hijas, con Hermes, al monte Ida,
pues allí juzgaba un pastorcico con muchísimo tino.
Paris exigió que se desnudasen las tres diosas
y las miró
despacio,
despacio,
y calló aún.
Hera, entonces, le prometió que, si la elegía a ella,
lo haría rey universal, y riquísimo;
Atenea procuraría que fuese capitán extremado...
¿Y tú? Afrodita
se sonrió, pícara.
Yo te daré a Elena
perdida.
Ganó la Señora del Amor.
Y Hera y Atenea se confabularon para arruinar su Casa.⁵⁹

⁵⁹ Virgilio, *Eneida*, I, 27; Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, IV, 42; Apolodoro, *Epítomes*, III, 1 –2; Higino, *Fábulas*, XCII; Eurípides, *Helena*; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, XVI, <<Paris a Helena>>.

Reconocimiento

Darían en premio un toro bravo, el favorito de Paris,
al vencedor de los juegos fúnebres
que celebraban en Troya todos los años
para honrar el alma del peligroso bebé
que habían abandonado en el monte
érase una vez.

Paris fue, en su hábito de pastor,
y derrotó a sus hermanos en todas las pruebas.
Viéndose humillados por un simple zagal
Héctor y Deífobo sacaron sus espadas para matarlo,
pero lo reconoció su madre por “una manilla”
que “le había puesto, para que por ello se viese,
dondequiera que aportase,
su generación”⁶⁰,
o bien reveló su identidad Ageleo,
que lo había criado escondido.
Todo lo confirmó, alucinada, Casandra.
Y el Rey de Troya lo recibió como hijo suyo,
y mandó que se festejase,
en adelante,
aquella fecha.⁶¹

⁶⁰ Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, IV, 42.

⁶¹ Higino, *Fábulas*, XCI; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, XVI, <<Paris a Helena>>; Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 5; Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, IV, 42.

El rapto

Fue una tercería
sencillísima.
Venus hizo un retrato exacto de Elena,
la contó
tal y como era, blanca
blanca (la albura la heredaba del Cisne)
y tierna (como criada dentro de un huevo)
y Paris, hechizado,
abandonó a la ninfa Enone,
su primer amor
veraniego
o colegial,
mandó a Fereclo
(Homero lo apoda,
como a otro Jesús,
“el hijo del carpintero”),
ya que todo lo podía con sus manos
prodigiosas
(las había bendecido
Minerva,
su madrina enamorada),
que armase nueve naves para él.

Fereclo pagará haber allanado los trabajos
de amor
de Paris
con una mala muerte.
La lanza de Meriones,
el bastardo cretense,
le atravesará la nalga derecha
en el Canto Quinto de la *Ilíada*,
y se alojará en la vejiga,
“por debajo del hueso”,
arrodillándolo,
terminándolo.
Su vencedor, luego,
lo despojó.

Aportó Paris, capitán
corsario,
con su flotilla
en Esparta,
disimulado en principesco embajador.
Menelao, que reinaba desde la muerte de Tindáreo
(los herederos legítimos,
los Dioscuros,
vivían y no,
residían en el Cielo
un día sí
y otro no),
recibió al príncipe segundo de Troya
generosamente,
obsequiándolo como simple,
como *Vejete* de entremés.

Ovidio inventó
o copió
dos cartas que se escribieron Paris y Elena.
En estas epístolas Paris y Elena son romanos
y decadentes,
y muy leídos además,
que conocen al dedillo
los *Amores* y *El Arte de Enamorar* de Nasón
(pero no saben nada,
o se desentienden,
de sus *Remedios*).

No hay alcahueta más eficaz
que Venus.
Y venía muy bien acompañada,
con sus hijos Eros, el golfo,
e Hímeros, que gusta deshacer virgos,
y con Himeneo,
para que diese solemnidad a las bodas,
y con Potos,
que aumenta el apetito.
Paris y Elena se pusieron
perdidos de amor.
Paris ya venía tonto
de oídas
por la dueña.

Elena fue aficionándose un poco más despacio
a aquel forastero de sangre
azul
y modales de zagal,
que le decía donaires
con un dejo oriental en el habla.
No en vano Higino cita
entre “los que fueron más gallardos” del mundo
a Alejandro Paris.⁶²
Él tenía
novia (Enone, pobre)
y ella
era casada.

Con Menelao delante
(pero a sus espaldas)
se hacían ojitos,
cruzaban billetes,
se susurraban
secretos
rápidos,
atarantados.
Pasaron en esas nueve días.
Al otro se fugaron.
El marido, burro, había tenido que irse de entierro a Creta,
y ellos vaciaron su finca,
llenaron ocho baúles,
los colocaron en el carro.
Paris tenía las manos ocupadas
con las bridas de los mulos,
arreando.
Elena
no,
pero iban por camino principal,
el que va orillando el Eurotas,
bastante transitado.
No se tocaron aún.
En Yitio se embarcaron
y fondearon enseguida,
enfrente mismo de la ciudad,
en la isleta de Cránae.

⁶² Higino, *Fábulas*, CCLXX.

En su playa blanca Paris
y Elena
gozaron una luna de miel
silvestre,
dulce,
golosa.

Los *Versos Ciprios* riman
una navegación velocísima,
feliz
(el viento trasero,
el mar
de leche)
que los llevó a Troya
en tres jornadas.

Pero en otras relaciones del viaje
los amigos furtivos
marean
con muchas fatigas.
Corren fortuna: la tempestad
de los cuentos
los detiene en Chipre
y en Sidón.
En una,
en este puerto fenicio,
Alejandro mata al rey,
su anfitrión
y saquea su palacio,
repitiendo (casi) pecado.

Sin embargo Licafrón,
en su *Alejandra*,
hace que el lobo
cace a la novilla
mientras ésta hacía ofrenda de primicias de avecicas
a las ninfas Tíades, o Ménades,
gamberras discípulas de Baco,
y a Ino Leucotea, la Diosa Blanca,
marinera Virgen del Carmen.

Elena le parece condenada a caer en las trampas
de alimañeros bárbaros
(primero la robó Teseo,
ahora
Paris).

Elena dejó en Esparta
dos tortolicas,
sus hijas,
Hermíone,
de nueve años,
e Ifigenia
(la criaba como propia,
escondiendo a Agamenón la vergüenza de su concepción,
su tía Clitemnestra).
Han dicho que sí se llevó consigo,
en cambio
(al menos hasta Chipre),
a su tercer retoño,
un chico,
Pleistene.

Mandó que la acompañasen
(esto está certificado)
sus dos esclavas, reinas
antiguas,
Etra, la madre de Teseo
y Tisiadia o Fisadia, hermana de Pirítoo,
que los Dioscuros hicieron cautivas en Afidnas,
cuando la rescataron.⁶³

⁶³ Homero, *Iliada*, III, 39 – 51; VI, 286 – 292; Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, II, 116; Licofrón, *Alejandra*; Virgilio, *Eneida*, VII, 363 – 365; *Versos Cípricos*; Higino, *Fábulas*, LXXIX y XCII; Ovidio, *Cartas de las heroínas*, XVI, <<Paris a Helena>> y XVII <<Helena a Paris>>; Eurípides, *Helena*; Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 22, 1; *Dyctis Cretensis* I, 5; Luciano, *Diálogos de los dioses*, 20, <<El juicio de Paris>>.

vii. Breviario
de la guerra de Troya

*

Paris robó a Elena porque lo dispusieron así los de arriba, y Zeus
muy en particular.
Él quiso, con la guerra de Troya,
vaciar el mundo
de hombres,
desahogar la tierra,
que pesaban mucho.
Buscó también
honrar
y dar fama
a su hija
(que por ella se peleasen Europa
y Asia),
y que se celebrase
la raza de los héroes casi divinos.
Paris robó a Elena,
sobre todo,
para que Homero
escribiera
sus poemas
y otros
los continuásemos,
los anotásemos,
emborronásemos sus márgenes...⁶⁴

*

Iris (tiene alas de oro
y los pies
rapidísimos)
llevó a Menelao el correo de su vergüenza nueva.
Qué dios malhumorado la envió
no se dice.
Sería Hera.⁶⁵

*

Atados a sus palabras
los antiguos pretendientes de Elena,
los juramentados,
oyeron la querella del bruto astado.⁶⁶

⁶⁴ Apolodoro, *Epítomes*, III, 1 –2; Homero, *Iliada*, I, 5; VI, 342 – 366; Eurípides, *Orestes*; *Versos Cíprios*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, I; *Versos Cíprios*, Fragmento 3, Escoliasta sobre Homero, *Iliada*, I, 5.

⁶⁵ *Versos Cíprios*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, I.

*

El rapto de Elena
(su fuga)
llenó de humo los panales
argivos
y las pardas avispas,
espiritadas,
zumbaron en enjambre
hacia Troya.⁶⁷

*

Los valientes aqueos,
arrancados de sus historias
privadas,
fueron a Troya
para volverse materia de epopeya
con ánimos muy diversos,
unos entusiasmados,
otros
de mal aire.⁶⁸

*

En Áulide,
primera vez,
les costó muchos meses armar la flota,
sumar capitanes,
catalogar
las naves.
Allí una serpiente,
subiéndose a un plátano,
devoró primero a ocho polluelos de gorrión
y luego a su madre.
Calcas, analizando el portento,
calculó que dentro de nueve años,
cuando se cumpliese el décimo del robo de Elena,
conquistarían Troya.
Hicieron a Agamenón su generalísimo,
y a Aquiles, quinceañero, almirante.

⁶⁶ Apolodoro, *Epítomes*, III, 6 – 9.

⁶⁷ Licofrón, *Alejandro*, 180 ss.

⁶⁸ Apolodoro, *Epítomes*, III, 15 – 28; *Dyctis Cretensis*, I – II; *Versos Ciprios*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, I; Apolodoro, *Epítomes*, III, 6 – 9.

Confundiendo Misia con Troya
la arrasaron,
una tormenta dispersó después la escuadra,
tardaron otros ocho años en reunirse en Áulide,
segunda vez.
Degollaron a Ifigenia
para que Artemisa hinchase las velas (los detenía una cabezona
bonanza)
y, luego de parar en Ténedos,
arribaron a Troya.⁶⁹

*

Se hallaban las naves de los aqueos fondeadas frente a Troya,
cargadas de guerreros,
y Menelao entró en la ciudad y pasó las cuentas
de sus afrentas,
que tocaban su nombre
y su Casa,
y alcanzaban a todos los argivos.
Traicionando su hospitalidad
Paris le había robado a Elena, su esposa,
y un baúl, además, lleno de monedas.
--Tenemos --dijo, ceñudo-- en la bodega de la capitana
cautivo a Polidoro, vuestro hijo pequeño.
Devolvedme a Elena, con todo lo mío, y lo soltaremos.
O pagará el atrevimiento de su hermano.
Habló Héctor, pío:
--Elena se ha acogido, suplicante, a nuestro sagrado,
y no te la entregaremos de ningún modo.
Ahora bien, te ofrecemos eso que dices que te pertenece,
y a la infanta Casandra, o a la infanta
Polixena,
la que mejor te parezca,
para que sea tu esposa, muy bien dotada.
Menelao votó a Hércules y rechazó el trueque,
que perdía
mucho
con él.

⁶⁹ *Versos Ciprios*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, I; Apolodoro, *Epítomes*, III, 6 – 28.

Eneas, entonces, corrigió a Héctor. Nada
le darían.

¿Es que ellos, los griegos, tenían patente de corso?
¿Sólo ellos, y sus dioses, podían robar doncellas y muchachos?
Citó las historias de Io, de Europa, de Medea, de Ganimedes,
y los desafió.

Menelao regresó a las naves.

Lapidaron inmediatamente al chiquillo delante de las murallas de Troya
y dejaron su cuerpo roto para que su madre lo enterrara.⁷⁰

*

Arrastraron las naves a las playas
y desembarcaron los dánaos,
y pusieron sitio a Troya.
Aquiles, con sus mirmidones,
corrió la región,
mató a Troilo,
robó las vacas de Eneas
asoló
cien ciudades.⁷¹

*

La cólera de Aquiles
(Agamenón, porque, para amansar a Apolo,
tiene que rendir a Criseida a su padre,
le ha quitado a Briseida, su cautiva,
y su favorita)
comienza y titula el primer Canto de la *Iliada*
e impregna el poema entero.
--Aquí nos hemos juntado todos estos bravos
para corregir las honras, muy estropeadas, de Menelao, y la tuya,
y me pagáis
con éstas.⁷²

*

Estaba dicho.
Llevaban nueve años gastándose,
y este era el décimo
y todo
se cumplía.

⁷⁰ *Dyctis Cretensis*, II, 20 – 27.

⁷¹ Apolodoro, *Epitomes*, III, 31 – 33.

⁷² Homero, *Iliada*, I, 158 – 160.

El prudentísimo Néstor arengaba a los aqueos.
Ningún recluta se volvería a casa,
olvidando sus juras,
decía, y los jaleaba,
montad violentamente a las esposas de los troyanos,
y así no descuidaréis los trabajos y los gemidos de Elena.⁷³

*

Viene el duelo del *marido* y el *galán*.

Recitó Homero, con el socorro de las Musas, el *Catálogo de las naves* aqueas, con sus capitanes y marineros, dijo sus yeguas más ligeras, y llamó a Áyax, el hijo de Telamón (Aquiles no contaba, quieto en su tienda), su mejor soldado. Pasó lista después, con mayor brevedad, a los troyanos y sus aliados. Ahora salían éstos de la ciudad graznando como grullas, bajaban sus enemigos de las naves calladísimos. Se adelantó Alejandro, como dios (una piel de leopardo echada sobre los hombros, el arco, la espada y dos lanzas) y desafió a los griegos. Saltó del carro a tierra inmediatamente Menelao, y se fue, metiendo miedo, hacia el ladrón de su esposa, de su dinero, de su nombre. Paris, asustado, se escondió en el grueso de la tropa. Héctor riñó a su hermano.

--¡Lindo Paris, vales para burlar hembras, pero no para defenderlas! ¡Ojalá no hubieras nacido nunca, o hubieras muerto sin conocer mujer! Has volcado, robando a Elena, calamidades sobre tu casa y la patria, y confusión sobre tu alma. Sal ahora a pelear por ella y calarás la calidad de su marido: de nada te servirán en ésta la cítara o los favores de Afrodita. Los de tu gente, si tuviesen sangre, te derribarían a pedradas.

Alejandro se disculpó:

--Elena es regalo divino, habría sido descortesía e impiedad rechazarlo, no gozar de él. Pero no quiero que siga poblándose el infierno de difuntos de aquí y de allá por una cuestión privada. Me enfrentaré, en duelo singular, al marido afrentado. El vencedor se llevará a la dueña.

Iris fue a ver a Elena,
asumiendo el aspecto de su cuñada Laódica,
la hija más hermosa de Príamo.
Elena bordaba, en un manto de púrpura,
la *Ilíada* que luego tradujo
Homero.
Laódica (Iris
disimulada)
le dio la noticia del reto.

⁷³ Homero, *Ilíada*, II, 295 – 356.

Elena se acordó
cariñosamente
(echándolos, súbitamente, de menos)
de Menelao,
su marido de antes,
de Esparta,
de sus padres,
y se dirigió llorando a las Puertas Esceas.

El viejo Rey de Troya pidió a Elena
que subiese con él a la alta torre. Allí
se sentaron.

--Cuéntame ahora --dijo Príamo--
a los que fueron tuyos.

Es la “revista desde la muralla”,
la *teichoskopía* famosa.

Elena contestó a su suegro
con amor,
pudorosa,
y con mucho respeto.

Lamentó, primero, su suerte.

--Seguí (¡perra!) para mal a tu hijo,
quitándome de mi lecho
conyugal

y de mi casa paterna,
abandonando a mis hermanos
y a mi niña, Hermíone.

El Rey de Troya,
enternecido,
la excusó:

--Tú nada podías
en todo esto.

Nos desastran así
los dioses.

Ten, límpiate las lágrimas,
suénate los mocos
divinos

y dime.

--Ése de ahí es Agamenón, el buen rey, lancero magnífico,
ése Ulises de Ítaca,

el tramposo,

ése Áyax,

ése Idomeneo.

A todos los demás los conozco también,
aún,
pero no veo
a mis hermanos,
los gemelos,
Cástor caballero,
Pólux de puños muy celebrados.
No habrán venido,
o no saldrán de sus naves,
corridos con la vergüenza
de mi *historia*.
Elena no sabía que estaban muertos
y no.

Juraron todos (aqueos y troyanos) con la solemnidad debida al Cielo que el vencedor de aquel duelo tendría a Elena. Príamo se entró en la habitación más oscura de su alcázar, para no verlo.

Armáronse Alejandro y Menelao y salieron a la palestra. Arrojaron sus picas y dieron en los broqueles. El Atrida sacó la espada de su vaina y quebró el yelmo del príncipe en tres pedazos, o cuatro, derribándolo. Luego lo arrastró, tirando del casco, hacia el lado griego, pero Afrodita rompió la correa y cuando Menelao arremetía contra él con la pica se lo llevó por el aire, nublándolo, y lo acostó en su oloroso tálamo restaurado.

Luego Afrodita, asumiendo la figura de una vieja cardadora de su país, pidió a Elena, que lo miraba todo desde la almena, que se fuese a su casa, que la llamaba Paris, guapísimo, recién bañado y en camisa. Elena reconoció a la diosa, creyó que, puesto que Menelao había derrotado a Alejandro, quería putearla, vendérsela a otro hombre. La madre de Amor la amenazó: --Ojo con enfadarme, que sólo tenéis, Paris y tú, mi amparo. Elena la siguió miedosa y velada hasta su casa, en un barrio apartado, el más alto y elegante de la ciudad.

Elena se sentó en un escabel,
frente a la cama matrimonial,
desviando
los ojos.
--Esta vez has vuelto
entero
del combate,
pero a la otra
te mandará al infierno
mi marido.
No pelees más
con él,
¿vale?
Alejandro, picado, protestó:
--Asistía a Menelao Atenea,
la virgen bruta,
pero a nosotros nos favorecen otros dioses.
Y ahora ven,
que mi hada madrina me ha encendido.
¿Recuerdas nuestra noche de bodas,
en la Isla de Cránae?
Pues ahora
gasto
el amor
con otras prisas.

Mientras Paris y Elena se daban al placer Menelao, confundido, buscaba a su rival, y Agamenón declaraba vencedor del duelo a su hermano, y exigía a los troyanos que cumpliesen su palabra, devolviesen a Elena junto con las riquezas robadas y pagasen además una multa para escarmiento de donjuanes.⁷⁴

A Tetis le debía Zeus un favor, que lo había soltado la vez que lo ataron Hera, Poseidón y Atenea, y ahora se abrazó a sus rodillas para que se lo pagara. Que pierdan mucho los aqueos hasta que devuelvan a mi hijo Aquiles a su favorita, la cautiva Briseida, la que le quitó Agamenón, y lo honren como merece. Ahora el Dios Rey presidía la asamblea de inmortales y, para cumplir con la Oceánide, se mofaba de Hera y Atenea, diciéndoles, esta vez Afrodita os ha ganado la mano, rescatando a Alejandro. Busquemos juntos que haya paz, y después gloria, y siga levantada Troya, y mandando en ella Príamo, y

⁷⁴ Homero, *Iliada*, II, 484 ss. y III.

recobre Menelao a su esposa, que Ilión se me ha mostrado siempre muy devota, y es la ciudad más inmediata a mi corazón.

Sin embargo, el odio de Hera alcanzó más que la frágil afición de su marido. Le cambiaba las villas de Argos, Esparta y Micenas por Troya.

--Amén --aceptó Zeus, y Atenea bajó y, disfrazada de lancero, pinchó a Pándaro para que, armando su arco, disparase contra Menelao. Tiró Pándaro, y la flecha acertó en el cinturón de Menelao, hiriéndolo, y rompiendo la tregua.⁷⁵

*

Sanaron los médicos a Menelao y mató, en el Canto Quinto, al cazador Escamandrio y a Pilémenes, el jefe de los paflagonios, y en el Sexto a Adresto.⁷⁶

*

Héctor pidió a su madre que ofreciese a la brava Atenea perfumes y su peplo más rico, y le prometiese doce terneras cada año si detenía al Tídida Diomedes, que hacía carnicería entre su gente.

--Yo, con las manos llenas de sangre, y polvo y sudor en los huesos, no puedo. Buscaré a Paris, en su casa. Nada se me daría (no lo lloraría, creo) si la tierra, abriendo sus fauces, se lo tragara, hundiéndolo en el Infierno, pues ha apeestado Troya y la Casa de mi padre.⁷⁷

El Palacio Real de Troya sumaba cincuenta habitaciones de piedra,
vecinas unas a otras,
las de los cincuenta hijos varones de Príamo,
y, en el patio, otras doce, también de piedra, y techadas,
las de sus hijas.
En los mismos altos de la ciudadela,
no muy lejos,
pero aparte
(que su amor metía mucho ruido,
y escandalizaba
o tentaba
a sus hermanos y cuñados)
había levantado Paris Carpintero su casa, con su patio y su tálamo dulcísimo.
Allí gobernaba Elena, malcasada perfecta.⁷⁸

⁷⁵ Homero, *Iliada*, I, 394 – 412; 495 – 527; IV, 1 – 147.

⁷⁶ Homero, *Iliada*, IV, 127 – 219; V, 49 – 58; 576 – 579; VI, 37 – 65.

⁷⁷ Homero, *Iliada*, VI, 263 – 285.

⁷⁸ Homero, *Iliada*, VI, 242 – 250; 313 – 317; 323 – 324.

Alejandro limpiaba las armas en sus habitaciones cuando lo visitó su hermano Héctor.

--¿No sales a pelear?

Elena también empujaba al amigo al combate, e invitaba a su formidable cuñado a sentarse en el escabel, delante del tálamo, pues eran suyos los mayores trabajos de esa guerra que Zeus había querido para que se volviera su *historia* de amor materia del primer cantar de gesta del mundo. Héctor no quiso, que tenía aún que ir a casa, a despedirse de Andrómaca, su mujer, y de sus hijos y criados, antes de acudir de nuevo al frente. Así apretado se armó enseguida Paris y salió espléndido, y alcanzó a su hermano, el mayor. Héctor se lamentaba:

--Sé que eres valiente, pero a menudo remoloneas, tardas, evitas la hora de las espadas y las lanzas, y los troyanos rebajan tu nombre, que es el mío.⁷⁹

*

Héctor retó a los aqueos. Ninguno respondía. Menelao, echando en rostro de sus campeones su pusilanimidad, fue a armarse, pero su hermano Agamenón y los demás reyes lo sujetaron.

--Héctor —dice ahora Homero en un aparte extraño, dirigiéndose a Menelao— es hombre mucho mejor que tú, y morderías el polvo en un santiamén.

Nueve paladines contestaron ahora. Pusieron piedrecitas en un yelmo, Ayante sacó la blanca, o la negra.⁸⁰ Hicieron tablas.

*

Aquiles venía hacia él
(ahora sí)
tremendo
(que le había matado
a su amigo
delante de las naves incendiadas).
Héctor vaciló. Pensó esto
y lo contrario:
“¿Y si me presento ante él,
desarmado,
y le prometo que rendiremos a Elena
a los Atridas?
No,
no.
Me daría muerte así, desprotegido, sin la panoplia.”⁸¹

⁷⁹ Homero, *Iliada*, VI, 313 ss.

⁸⁰ Homero, *Iliada*, VII, 67 – 121.

⁸¹ Homero, *Iliada*, XXII, 111 – 125.

*

Héctor, moribundo, rogó a Aquiles que entregase su cuerpo a los suyos, para que lo diesen al cielo y a la tierra y al fuego con la ceremonia debida. El Pelida, acordándose de Patroclo, le negó la última voluntad. Daría su cuerpo a los chuchos y a los buitres. Y Héctor lo maldijo:

--Pues Paris, guiado por Apolo, te dará muerte junto a las Puertas Esceas.⁸²

*

Aquiles terminó al heredero de Troya y lo ató al carro
por los tobillos,
y lo arrastró alrededor de la ciudad,
y se lo metió en su tienda, o lo subió
a su capitana.

*

La noticia de la muerte de su mayor
agotó al rey de Troya.
Estudiando a Héleno, a Paris, a Agatón,
a Pammón, a Antífono, a Polites,
a Deífobo, a Hipótoo y a Dío
los maldijo:
--Me faltan Méstor, Troilo, Héctor,
mis hijos mejores.
Sólo me quedáis, ahora, vosotros,
deshonrados, embusteros, bailarines,
aficionados a la canción
y a los teatros,
glotones.⁸³

*

--Entrégame el cuerpo de mi mayor
--dijo el viejo rey, arrodillándose—
que puedan asearlo las mujeres,
y lavarlo,
y ungirlo,
y le demos el final
que toca
al príncipe
mejor.

⁸² Homero, *Iliada*, XXII, 330 – 360.

⁸³ Homero, *Iliada*, XXIV, 247 – 264.

*

Fue Príamo suplicante ante Aquiles
y ganó el cuerpo de Héctor.
Lo lloró primero Andrómaca, su viuda,
luego su madre, Hécuba,
y la tercera Elena:
--Han pasado diez años desde que me robó Paris,
y siempre fuiste bueno conmigo,
defendiéndome de mis cuñados
y de mis cuñadas
y de mis concuñadas
y de mi suegra
(pero el rey ha sido otro padre para mí).
Por eso te prefería.
Ahora te echaré mucho de menos.
Quedo, casi, sola,
y me miran con horror
o aprensión.⁸⁴

*

Llegaron, en socorro de los troyanos,
Pentiselea, con sus amazonas,
y Memnón, con sus etíopes,
y no les valieron,
que Aquiles mató a sus caudillos.⁸⁵

*

Pero Paris disparó su arco y dio a Aquiles en su talón
fatal,
y los troyanos podían ahora más.

*

Trajeron a Filoctetes del islote donde se pudría y lo curaron para que
matase a Alejandro con su entrenada puntería.⁸⁶

Tuvo la forma de duelo. Los dos arqueros se desafiaron. Ulises y
Deífobo marcaron la palestra. Alejandro erró el tiro. Filoctetes, acostumbrado
a matar pajaritos para sobrevivir a su naufragio, atravesó con la primera flecha
la mano izquierda del príncipe, le acertó con la segunda en el ojo y, cuando
intentaba huir, le clavó al suelo los pies con sendos disparos. Luego lo remató.

⁸⁴ Homero, *Iliada*, XXIV, 761 – 775.

⁸⁵ Apolodoro, *Epítomes*, V, 1 – 3.

⁸⁶ Apolodoro, *Epítomes*, V, 8.

Eran los dardos de Hércules, y llevaban las puntas untadas con la sangre ponzoñosa de la Hidra.⁸⁷

Menelao trató con muy poca consideración el cuerpo de Paris, el ladrón de su esposa y de sus ahorros, hasta que los troyanos pudieron rescatarlo.⁸⁸

Quinto de Esmirna quiso hacer justicia
poética.
En sus *Posthoméricas* Paris recibe primero
un arañazo
en la mano
que había acariciado a Elena
y luego la herida que lo terminaría “por encima
de la ingle”,
muy cerca de la raíz
de su culposo deseo.⁸⁹

No, las heridas de Paris eran mortales pero obraban con lentitud, estropeándolo con sádica minuciosidad. El doliente, mirando la gangrena que lo ennegrecía poco a poco, recordó la maldición de Enone, su primer amor. Sólo la ninfa farmacéutica sabía remediarlo. Se arrastró hasta Troya, mandó un correo urgente al Ida.

La hija del río contestó brevísima,
no iré,
o con una carta larga
y amarga,
¿ahora llamas a tu amiga, la montesina?
has preferido a Elena,
encomiéndate,
entonces,
a la mala,
a la borde,
puesto que vale más
(dicen que no envejece,
que tiene aún los quince años que tenía
cuando salió del huevo lunar).

⁸⁷ *Dyctis Cretensis*, IV, 19.

⁸⁸ *Versos Ciprios*, *La Pequeña Iliada*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, II.

⁸⁹ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, X.

Enone,
nada más enviar su respuesta,
cambió de parecer,
amaba
todavía
(pelillos a la mar)
a su pastorcico
y procuraría su cura.

Se le adelantó el mensajero (hecho a correr
por su oficio).
Junto con la esperanza Alejandro perdió las fuerzas que le quedaban
y murió.

Enone castigó su retraso defenestrándose,
o ahorcándose, o echándose (velada) sobre la pira encendida
del amigo.

Los lloraron las ninfas y los boyeros,
guardaron sus huesos blancos
en una crátera de oro,
levantaron un túmulo con un poco de prisa (los apretaba
la guerra)
y labraron sobre él dos estelas
que se daban la espalda
para recordar sus suertes,
que los apartaron para siempre.

También lloró a su chico la Reina de Troya
(lo quiso más que a ninguno,
quitando a Héctor).
Príamo, distraído con el duelo de su mayor,
no.
Elena encontraba lamentable, sobre todo, su suerte
nueva.
Espanto, me han aborrecido
todos,
aqueos y troyanos,
y ahora,
viuda,
se encarnizarán en mí éstos o aquéllos,
me trocearán,
echarán mis pedazos a las alimañas.

Ojalá las Harpías
me hubieran robado,
y no Paris,
y no Paris.⁹⁰

*

Atajó Deífobo con Elena
y Héleno, despechado, tiró para el monte,
acaso para desesperarse.
Allí lo hicieron prisionero los aqueos y les descubrió en versos
alucinados
cómo tomar la ciudad,
traed los huesos de Pélope,
procurad la ayuda del hijo de Aquiles
y robad el Paladio caído
del cielo,
el ángel de Troya.⁹¹

*

Todo lo hicieron los griegos, punto
por punto,
y pensaron el caballo tramposo
y ya no fue más Troya.

⁹⁰ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 12, 6; Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, X; Partenio de Nicea, *Sufrimiento de amor*, IV, <<Sobre Enone>> (cita las autoridades de Nicandro de Colofón en *Sobre los poetas* y Cefalón de Gergita en su *Historia de Troya*); Licofrón, *Alejandra*, 31 – 69; *Dyctis Cretensis*, IV, 21.

⁹¹ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, X; Apolodoro, *Epítomes*, V, 8 – 10.

VIII. Seltas
alrededor
de la guerra de Troya

Gente de Menelao

Menelao mandaba
sesenta naves.

Lo seguían sus vasallos,
los dueños de Lacedemonia,
Faris, Esparta y Mesa palomera,
los administradores de Brisias y Augías,
los señores de Amiclas y Helos, y de Laa, y de Étilo.⁹²

⁹² Homero, *Iliada*, II, 581 – 590.

Hazañudos

*

Antenor, prudentísimo, aconsejaba aún que devolviesen a Elena, la extranjera, y con ella grandes riquezas.

--Jamás soltaré a mi esposa --respondió Alejandro, divino--. Entregaría, sí, encima de todo cuanto nos trajimos de Argos, mucho.

--Aunque volcaseis todas vuestras arcas sobre nosotros --contestó Diomedes-- y nos dieseis además a Elena, no dejaremos de daros batalla, pues sabemos que muy pronto os derrotaremos.

--Eso mismo digo yo --declaró Agamenón.⁹³

*

Mirando hacia Troya, sabiendo que a la mañana la atacarían, y que Aquiles no los acompañaría, Agamenón no dormía, se mesaba la cabeza, arrancándose los cabellos. Al otro Atrida, su hermano, tampoco lo amansaba el sueño. También temblaba él. De todos modos al amanecer se armó.⁹⁴

*

Agamenón reconoce delante de Néstor, abochornado, que su hermano parece, a veces, flojo.

--Pero no es necedad, ni apatía. Es, sólo, que es mi segundo, y me sigue en todo.⁹⁵

*

Las gestas de Alejandro son todas de arco y flechas, pocas veces huele el sudor o la sangre de su enemigo. A Diomedes, el Tidida, por ejemplo, le atravesó el pie derecho, clavándoselo en la tierra. Riendo, fue hacia él, y Diomedes, tratándolo de arquero, de lindo, de mirón de doncellas, se arrancó el dardo y regresó, hasta la otra, a las naves. Mató Alejandro, por ejemplo, a Macaón con otra flecha que le dio en el hombro derecho, haciendo huir a los aqueos. Con otra, a Euquénor. Con otra, a Deíoco, que huía.⁹⁶

*

Menelao rescató a Odiseo, herido, lastimó a Héleno en la mano que sujetaba el arco, y, antes de matar a Pisandro, repitió su querella, el doble robo, la falta contra Zeus Hospitalario, el Tonante, que los destruiría por eso.⁹⁷

⁹³ Homero, *Iliada*, VII, 345 – 402.

⁹⁴ Homero, *Iliada*, X, 1 – 31.

⁹⁵ Homero, *Iliada*, X, 120 – 123.

⁹⁶ Homero, *Iliada*, XI, 369 – 400; 502 – 507; 643 – 672; XV, 341 – 342.

⁹⁷ Homero, *Iliada*, XI, 487; XIII, 581 – 600.

*

Otra vez se encontraron en el frente Héctor y Alejandro. Otra vez el mayor puso al principito de bonito y burlador.

--Siguen muriendo los nuestros, y se hunde Troya --dijo, y le pronosticó una muerte jodida.

Alejandro se defendió:

--No eres justo, Héctor. En alguna ocasión, es verdad, he evitado el combate, ahora no. No me hizo mi madre cobarde para siempre. Todavía están en pie, conmigo, Deífobo y Héleno. Te seguiremos aún.⁹⁸

*

Menelao, en lo que han llamado su *principalía*, en su *aristía*, en el Canto diecisiete, que se detiene en sus *gestas*, defiende el cuerpo de Patroclo encomendándose a Atenea. En esta empresa mató al Pantoida Euforbo. Luego, sin embargo, dejó que Héctor se llegase hasta el cadáver, porque lo miman los dioses. Y Héctor despojó a Patroclo (él lo había matado), y vistió las armas que llevaba de Aquiles. El Atrida mató a un soldado en fuga, y buscó a Antíloco para que avisase a Aquiles de la muerte de su amigo. Sacaron el cuerpo de Patroclo, cargándolo sobre sus espaldas, “como mulos”, Menelao y Meriones, el escudero, protegidos por los dos Ayantes.⁹⁹

*

Durante los Juegos Fúnebres que se hicieron en honor de Patroclo Menelao arreó. Tiraba de su carro la yegua de Agamenón, la única con nombre de la *Iliada*, Eta. Llegó el tercero y ganó una caldera nueva.¹⁰⁰

*

Paris y Menelao son guerreros, ¿ves?,
gandules,
y algo mierdicas,
pero es natural,
pues ponían en el tablero, con sus vidas,
a Elena.
Sus hazañas no son muchas,
y son, muchas veces,
dudosas.

⁹⁸ Homero, *Iliada*, XIII, 765 – 789.

⁹⁹ Homero, *Iliada*, XVII.

¹⁰⁰ Homero, *Iliada*, XXIII, 262 – 527.

Castigo de Antímaco

Agamenón echó del carro a Hipóloco y Pisandro, los hijos del bravo Antímaco. Ellos le suplicaron, arrodillados, que les dejase la vida, que su padre los rescataría, pues era riquísimo y tenía la casa llena de bronce, de oro, de hierro labrado. Pero Antímaco, sobornado por los obsequios de Alejandro, defendía siempre el primero a Elena, cuando los suyos proponían devolverla, y había buscado matar a traición a Menelao y a Odiseo la vez que vinieron, embajadores. Agamenón dio, por eso, a sus hijos, finales horrorosos. Arrojó la lanza, y derribó a Pisandro, clavándolo al suelo. Alcanzó luego a Hipóloco, que huía apeado, y con la espada lo desmanó y lo descabezó luego, y echó a rodar el tronco por el polvo.¹⁰¹

¹⁰¹ Homero, *Iliada*, XI, 122 – 148.

Lo de Ulises, de mendigo

Elena es, ahora sí, ama de casa ideal, en Esparta.
Ha drogado a sus huéspedes para suavizar sus penas
y los distrae con la historia de Ulises,
pordiosero, sucio, desollado,
en Troya,
pidiendo asilo con un acento vagamente asiático.
--Engañó a todos con su disfraz. Sólo yo
lo conocí. Estuve, de todos modos,
traviesa.
Disimulé.
Me aparté con él a solas,
quise probar su astucia famosa.
Ulises sabía salir de los malos pasos,
pero delante de mí se embotan los hombres,
se vuelven lentos.
“¡Bah! Rengo, ceceoso, gran embustero...
¡Son tus señas, Ulises!
¿Y aún lo negarás?” dije.
“Yo no soy ése que dices”, contestó él.
Mandé que preparasen la bañera.
Lo desnudé,
lo lavé despacito,
le curé las llagas con bálsamo de Judea.
Derrotado, confesó:
“Sí que era yo... Ulises.
Y ahora, ¿me denunciarás?”
Lo vestí (y lo armé a escondidas).
No diré qué trueques hubo,
pero nos descubrimos algunos secretos.
Aprendí la manera del final de Troya
y no lo sentí,
porque ya me pesaba mi yerro
(¡ay, doña Venus!)
y echaba de menos la patria,
a mi hija,
y el tálamo que compartía con mi marido, el mejor de los hombres.
Ulises escapó, con mi guía, por las alcantarillas,
y robó el Paladio (el amuleto de Troya).
Menelao confirmó que el relato era verdadero.¹⁰²

¹⁰² Homero, *La Odisea*, IV, 218 – 266; Eurípides, *Hécuba*, 235 ss.

Elena y el caballo de madera

Esto lo contó Menelao a sus invitados.
Habían metido el caballo de palo en la plaza mayor de Troya,
desoyendo (era su suerte de tarada) a Casandra.
Vino Elena
(con Deífobo detrás,
y no se dice si era su nuevo marido),
se arrimó al juguete,
lo rodeó tres veces
remedando las voces y los olores de las mujeres de los griegos
emboscados en su barriga.
Tras diez años de ausencia los aqueos,
amurriados,
hacían pucheros
y ademán de salir.
Ulises los amenazaba: “¡Chitón!”
A uno, que iba a berrear, lo ahogó con sus manos.
Elena se divirtió un rato fingiendo melancolías ajenas
y luego se fue a casa.¹⁰³

¹⁰³ Homero, *La Odisea*, IV, 274 – 289.

Elena, traidora a Troya

Digo la *triada* de los traidores de Troya.
La rindieron,
con sus arterías,
Héleno,
Antenor
y Eneas.¹⁰⁴

Y Elena, y Elena.

Ulises se coló en los cuartos de Paris
y contó a Elena
muy por menudo
el final
(que venía)
de Troya.
En su conversación con la adúltera el rey de Ítaca aprendió
mil y una cosas
que le aprovecharon
para la matanza
(una,
las señas del Paladio).
Elena sólo descubrió la visita de Odiseo
a la reina,
su suegra
(Hécuba, apiadándose de él,
calló.)¹⁰⁵

¿La última traición de Elena?
Subida a la almena,
fingiendo una danza orgiástica,
señaló a los aqueos con una antorcha
la hora más propicia para la matanza.¹⁰⁶

¹⁰⁴ *Dyctis Cretensis*, III, 26 y V, 4.

¹⁰⁵ Homero, *La Odisea*, IV, 218 – 266; Eurípides, *Hécuba*, 235 ss.

¹⁰⁶ Eurípides, *Hécuba*, 235 ss.; Homero, *La Odisea*, IV, 239 – 266; Apolodoro, *Epítomes*, V, 12; Higino, *Fábulas*, CCXLIX; Virgilio, *Eneida*, VI, 494 – 529.

Últimas horas de Elena en Troya

*“Han venido el último día y la hora ineluctable
de los Dárdanos: fuimos, los troyanos, fue Troya, y fue
la gloria inmensa de los Teucros.”¹⁰⁷*

Rompían maniáticamente,
minuciosamente,
Troya.
Troya era
degolladero.
Eneas ha contemplado
el incendio,
las paredes derribadas,
la escabechina,
la muerte violenta,
impía,
de su señor,
el viejo rey,
el triste.
Ahora,
en el umbral de la capilla de Vesta
espía a Elena, muda
y secreta.
Se escondía,
con miedo de los teucros
(que ella ha traído este final a Pérgamo)
y de los dánaos (alguaciles de la ira de su marido).
Eneas no toleraría que la Gran Ramera
regresase a Micenas de rositas,
de reina,
seguida de cuerda de cautivas frigias.
Le dará enseguida muy mal acabar
para que se desuden los Manes de los suyos.
Venus no quiso,
se lo estorbó.
Se apareció a su hijo sin rebajar un punto su divinidad,
detuvo su mano,
lo riñó.

¹⁰⁷ “Venit summa dies et ineluctabile tempus / Dardaniae: fuimus Troes, fuit Ilium et ingens / gloria Teucrorum...” Virgilio, *Eneida*, II, 324 – 326.

Elena, pobre,
¿qué podía?
Y ¿qué podía Paris?
Echa esto al rostro
de los dioses
celosos
de su amor.
Neptuno, que levantó las murallas de la ciudad,
la asola ahora;
Juno acaudilla a los asesinos;
Minerva los jalea;
Júpiter bendice sus actos.
Ahorra, entonces,
a la chica
de este cuento,
mi ahijada.
Ocúpate de los tuyos,
vuelve a casa,
busca
a tu padre, el viejo Anquises,
al pequeño Ascanio,
a tu mujer, Creúsa,
y empieza
otro
poema,
que corrija éste.¹⁰⁸

Menelao, *Vejete* de entremés,
parte ridícula
(y aquí tierna)
de esta comedia,
encontró a su mujer
y sacó la espada sucia de sangre.
Iba a degollarla,
pero Venus volvió a embrujarlo,
o Elena, descubriendo
sus senos blanquísimos,
perfectos,
lo pasmó.
No pudo.

¹⁰⁸ Virgilio, *La Eneida*, II, 324 – 326; 567 – 623.

Bajó el arma, humilló
la cornamenta,
tomó a su esposa de la mano
y la guió hasta su nave,
la capitana,
defendiéndola
de la cólera
y de la gana
de sus soldados.
Allí, en la bodega del barco,
pasaron segunda luna de miel.¹⁰⁹

Eurípides, en *Las troyanas*,
es muy contrario a Elena.
Allí la maldicen Hécuba
y el Coro de cautivas.
Elena se defiende:
Paris nació malhadado.
Y su sentencia,
en el concurso de belleza,
había sido la más blanda
para los griegos.
Hera lo habría hecho
soberano de Asia y de Europa;
Atenea,
azote de la Hélade;
Afrodita sólo le daba
los placeres de una mujer casada.
Y Menelao, su marido,
¿cómo osó dejarla sola
con su huésped,
aquel gamberro
oriental,
con una celestina tan poderosa,
la señora del amor?
Y, después de la muerte de Paris,
¿no intentó muchas veces
huir hacia las naves?

¹⁰⁹ Versos Ciprios, *La Pequeña Ilíada*, Fragmento 13, Aristófanes, *Lisístrata*, 155 y Escolio; *Dyctis Cretensis*, V, 13 – 14; Eurípides, *Andrómaca*, 625 ss.; Aristófanes, *Lisístrata*, 155; Pausanias, *Descripción de Grecia*, V, 18, 3; Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, XIII.

Y ¿no se casó con ella Deífobo
a la fuerza?
Hécuba refutó sus argumentos.
Lo del juicio de las tres diosas era *cuento*,
patraña.
Elena se perdió,
simplemente,
por el lindo forastero,
y, cuando la robó,
no pidió el socorro de sus hermanos,
los Dioscuros.
Luego, en Troya,
durante la guerra,
cambiaba de bandera
según se inclinara el parte.
Nunca buscó la fuga,
a pesar de que ella,
en numerosas ocasiones,
se la facilitaba.
No intentó reparar su honra
con la daga,
o la horca.
Y se holgaba
sabiéndose
soñada
en secreto
por todos los troyanos.
Y ahora se presentaba
recién bañada,
toda engalanada,
ante su marido,
cuando debería hacerlo
rapada,
la ropa hecha jirones.
¡Malhaya!
Hécuba escupió,
pidió a Menelao que escarmentase en ella a todas las adúlteras.
Menelao daría a Elena a sus vecinos, una vez de vuelta en Argos,
para que la lapidasen.
Dijo.
Y la embarcó.¹¹⁰

¹¹⁰ Eurípides, *Las troyanas*.

Elena cruzó,
en medio de las cautivas,
el larguísimo pasillo de guerreros
despacito.
Temblaba, aprensiva
(¿tendría que bastarse ella sola
para aliviar,
metida a soldadera,
a aquella tropa
de burros empalmados?)
y la vergüenza
le encendía las mejillas.
Los aqueos,
mirándola,
se rindieron a sus gracias
casi divinas.
Su marido, perdido de nuevo,
olvidó su afrenta.
Gozaron,
en su tienda,
al pie de la nave capitana,
sus segundas bodas.¹¹¹

El Corifeo (dirigía el Coro
de Sátiros)
quiso oír de boca de Ulises
el final de Troya
y, muy en particular,
el de Elena.
--¿Y no violasteis,
guardando turno,
a la sucia esquinera,
que se perdió
por los pantalones de arlequín
y la cadena de oro
de Paris,
deshonrando al bueno de Menelao?
¡Yo maldigo
la raza de las mujeres!¹¹²

¹¹¹ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, XIV.

¹¹² Eurípides, *El Cíclope*, 175 ss.

IX. Elena y Deífobo

Deífobo, en la *Iliada*, gasta el pecado de la soberbia¹¹³ y broquel de piel de toro que le rompe en pedazos Meríones con su lanza, asustándolo.¹¹⁴ La casualidad gobierna sus dos hazañas. En las trincheras que los separaban de las naves enemigas (acaudillaba, con su hermano Héleno, la tercera falange de carreteros apeados)¹¹⁵ vengó a Asio: arrojó una pica contra Diomedes, que éste esquivó, y que fue a dar en el hígado del Hipásida Hispénor.¹¹⁶ Un poco después, defendiendo con Eneas el cuerpo de Alcátoo, tiró otra contra Idomeneo, que falló, y acertó en Ascálafo, en el hombro, derribándolo. Hasta aquí llegan sus hechos de armas. Luchando por los despojos de Ascálafo (quería su yelmo) fue herido en el brazo, o en la mano, y lo sacaron del frente.¹¹⁷ Cuando Héctor pregunta a Paris por los campeones que lo acompañaban, éste le contesta que el Cronión sólo ha salvado de la muerte a Deífobo y a Héleno.¹¹⁸

Atenea se aparece a Héctor, que huía de Aquiles, copiando la figura, el gesto y el rostro de Deífobo, y lo convence para que le plante cara al Pelida, que él lo ayudaría.¹¹⁹ El príncipe, a punto de muerte, conoció el engaño.¹²⁰

Desde el final de su mayor, Príamo tiene en poco a los hijos que le quedan (uno, Paris, otro, Deífobo, otro, Héleno).¹²¹

Más interesante y curioso es su papel en la *Odisea*.

Deífobo sigue, o acompaña, a Elena cuando ronda el caballo de madera, tentando a los soldados.¹²²

Entre los feacios, en casa de Nausícaa, la pobrecilla, Ulises pidió a Demódoco, el aedo, que cantase el final de Troya. Salen, dice, pulsando las cuerdas, los emboscados en la panza del muñeco y van todos hacia el palacio del rey, a pillar, menos Ulises y Menelao, que prefieren la casa de Deífobo. En ella se libraron los combates más reñidos. Ganaron los griegos. Atenea guiaba su torcida estrella.¹²³

¹¹³ Homero, *Iliada*, XIII, 156 – 157 y 258.

¹¹⁴ Homero, *Iliada*, XIII, 156 – 164.

¹¹⁵ Homero, *Iliada*, XII, 94.

¹¹⁶ Homero, *Iliada*, XIII, 402 – 416.

¹¹⁷ Homero, *Iliada*, XIII, 445 – 539.

¹¹⁸ Homero, *Iliada*, XIII, 781 – 783.

¹¹⁹ Homero, *Iliada*, XXII, 226 – 246.

¹²⁰ Homero, *Iliada*, XXII, 294 – 299.

¹²¹ Homero, *Iliada*, XXIV, 247 – 262.

¹²² Homero, *Odisea*, IV, 276.

¹²³ Homero, *Odisea*, VIII, 514 – 520.

El Deífobo que contó Homero parece
dios.¹²⁴ Pisa
la sombra de Elena
cuando lo del caballo.
Y Menelao, entrando en Troya, busca
lo primero
sus habitaciones.
Haciendo la glosa de estos versos inventaron, o entendieron,
que Deífobo casó con la viuda de su hermano.

Los *Versos Ciprios* dicen la muerte de Alejandro,
y que Menelao lo puso como un Cristo
(amargo,
que soñara diez años con romper
en vida a su ladrón),
y siguen, brevísimos,
con el matrimonio de Deífobo y Elena.¹²⁵

En *Las troyanas* de Eurípides Hécuba y el Coro de cautivas condenaban
a Elena por esto, por esto, por esto.

--No, por eso no --dijo--. Yo llevaba el luto de Paris como viuda
perfecta cuando Deífobo me robó (es mi cansina suerte) y casó conmigo a la
fuerza, y en contra de lo que querían los suyos.¹²⁶

Eneas vio a Deífobo,
horroroso,
en el Infierno.
Lo había mutilado Menelao antes de darle muerte,
para despabilarlo
de su borrachera.
Lo desorejó,
lo desnarigó,
le cortó las manos.
Fue su carnicero,
pero encontraba lamentable que no fuera Paris,
que no fuera Paris.

¹²⁴ Homero, *Iliada*, XII, 94; *Odisea*, IV, 276.

¹²⁵ *La Pequeña Iliada*, de Lesques de Mitilene. En los *Versos Ciprios*. Fragmento 1. Prosclo, *Crestomatía*, II.

¹²⁶ Eurípides, *Las troyanas*.

El fantasma de Deífobo,
así desfigurado,
se consuela algo
porque Eneas había levantado un cenotafio junto al Reteo
convocando tres veces a sus Manes
y dejando, dueños de él,
sus armas
y su nombre.
También lo distrae de sus fatigas
infinitas
la memoria
de su noche
(¿llena de fingimientos?)
de amor
con Elena.¹²⁷

*

Huroneando en el cementerio de Cnosos (un terremoto la había descubierto) unos pastores encontraron un arca de latón que guardaba unas tablillas de tilo. Era el *Diario de la Guerra de Troya* que Dictys de Creta, capitán de Idomeneo, había escrito en el alfabeto fenicio. El texto fue trasladado primero al ático, y luego al latín.

*

Hubo una primera embajada, que se adelantó a Paris y Elena, entretenidos en Chipre y en Sidonia. Menelao, que la encabezaba (iban con él Ulises y Palamedes), exigió que le devolviesen a su esposa, con las alhajas y la ropa que le habían quitado.

--No haremos nada --dijo Príamo-- sin oír antes a la otra parte.

Llegaron, por fin, a Troya, los fugados, temblando de amor. Al otro día examinarían el caso.

En palacio,
delante de los reyes y de sus cincuenta hijos,
Elena dibujó, primero, su árbol genealógico,
que la acercaba a Príamo,
por esta rama,
y a Hécuba,
por esta otra.

¹²⁷ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, XIII; *Dyctis Cretensis*, V, 12; Apolodoro, *Epítomes*, V, 22; Virgilio, *Eneida*, VI, 494 – 529.

Sollozando, suplicó,
soy,
ya lo veis,
cosa vuestra,
no me rindáis a mi marido,
que lo aborrezco.
La Reina, compadecida, se puso de su lado,
también Deífobo,
perdido ya por su cuñada,
y, detrás, todos los Priámidas.
En el juicio oyeron las acusaciones de Menelao,
y luego a Elena.
--No traigo nada
--dijo--
que no sea mío,
de mi dote.

Y vengo
con mucho gusto,
no forzada.

Menelao salió de la sala echando espuma,
amenazando.¹²⁸

*

Troya se iba a acabar.
Devolverían a la ramera, a ver
(eso tramaban los hijos de algo de Ilión,
y los cobardes).
Pero lo supo Deífobo,
y se adelantó,
y robó a Elena
y la tomó por esposa.
Llevaba
amartelado
desde la mañana que los novios desembarcaron en Troya.
Fue su defensor más empeinado.¹²⁹

¹²⁸ *Dyctis Cretensis*, I, 4 – 11.

¹²⁹ *Dyctis Cretensis*, IV, 22.

Deífobo mereció,
en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna,
tal vez porque casó con Elena,
principalía a su nombre,
en el Libro Noveno.
Ya habían muerto
los mejores,
Héctor,
Aquiles.
Arengó,
como patriota,
a los capitanes.
Se hartó de matar,
hizo siembra, primero, de cadáveres en la llanura,
y luego se metió en el río Janto detrás de los huidos
y enturbió sus aguas con su sangre.

Iba a enfrentarse a Neoptólemo, el hijo de Aquiles,
pero Apolo lo tapó con una nube negra y lo sacó de la batalla,
devolviéndolo a la ciudad,
seguro de momento.¹³⁰

Dicen, dice, que el Destino maquinó su “odioso matrimonio”
con la hija de Dios
para enrabiarse a otro Priámda, Héleno,
y que traicionase a Troya.¹³¹

Las *Posthoméricas* traen la muerte de Deífobo.
Menelao lo encontró en el lecho de Elena, su esposa,
su esposa,
muy mareado,
y lo acabó con la espada. Elena
pudo huir.¹³²

Sin embargo Higino cita,
entre “las mujeres que asesinaron a sus maridos”, a Elena,
que mató al infante Deífobo.¹³³

¹³⁰ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, IX.

¹³¹ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, X.

¹³² Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, XIII.

¹³³ Higino, *Fábulas*, CCXL.

x. Regresos

Cassandra se había abrazado a la imagen de la Virgen, acogiéndose a sagrado tremendo, pero Áyax la sacó de allí arrastrándola del pelo. Atenea, para vengar su impiedad (y la irreverencia general de los aqueos) ordenó a Eolo que desatase el cuero de los vientos. Muchas naves se hundieron aquí y allí. Sólo sobrevivieron a los naufragios y a otras catástrofes más privadas los que contaron con la misericordia de algún otro dios o ángel guardián familiar.¹³⁴

El rubio Menelao fue el último
de los dánaos de bronce
(quitando a Ulises,
extraviado en su *Odisea*)
que volvió a casa.¹³⁵

Llorando sus diversas pérdidas Menelao resumió para Telémaco su viaje de vuelta, los ocho años que navegó, errante, tocando en Chipre, en Fenicia, en Egipto, en Etiopía, en tierra de sidonios, de erembos y de libios.¹³⁶

Se alargó para contar, más despacio, su paso por Micenas. Llegó a ese puerto muy tarde. Conoció el asesinato teatral de su hermano, y pudo asistir al banquete fúnebre con que Orestes obsequiaba, cínico, a los fantasmas de su madre y de Egisto.¹³⁷

Yo me detengo en dos momentos de su travesía porque tocan a Elena, y dicen mucho de ella.

Doblando el Sunión el Arquero mató al piloto de la capitana
y tuvieron que aportar a una isla que llamaron
Elena
porque la pisó
la hija de Dios.¹³⁸

Cuando Menelao desembarcó en Creta
una muchedumbre llenó el puerto
para ver a Elena,
para mirarla.¹³⁹

¹³⁴ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, XIV; Higino, *Fábulas*, CXVI.

¹³⁵ Homero, *Odisea*, I, 285 – 286.

¹³⁶ Homero, *Odisea*, IV, 78 – 112.

¹³⁷ Homero, *Odisea*, III, 305 – 312.

¹³⁸ Pausanias, *Descripción de Grecia*, XXXV, 1.

¹³⁹ *Dyctis Cretensis*, VI, 4.

XI. Elena Egipciana

Continuó Menelao con el relato de su regreso, remansándose en lo de la isla de Faros. Allí la nereida Idótea, la hija de Proteo, el Viejo del Mar, se apiadó de él y le reveló cómo atrapar a su mudadizo padre para obligar a éste a que le dijese cómo volver a casa con seguridad. Disfrazados con unos pellejos de focas, Menelao, con tres de sus hombres, cazaron a Proteo. Éste se cambió en león, en culebra, en leopardo, en cerdo, en río, en árbol, pero no pudo escapar a las llaves de los forzudos. Vuelto a su ser o, por lo menos, a su apariencia más habitual, les dijo:

--Los dioses no permitirán que regreséis si no les hacéis antes ofrendas perfectas en aguas egipcias.¹⁴⁰

Después de ocho años de navegaciones
Menelao reinará de nuevo en Esparta,
y Hera querrá luego hacerlo
inmortal,
y que viva vida eterna
en los Campos Elíseos,
donde se termina el mundo.
Allí gobierna Radamantis, justo,
y las estaciones son suavisimas,
y corre el Leteo,
en cuyas aguas,
abrevándote,
olvidas lo que fuiste.
Menelao merecía este favor
en calidad de esposo de Elena, pues era, por ello, yerno
de Zeus.
Fue pronóstico del Viejo del Mar, rendido
con artimaña aprendida de su hija,
y lo alivió mucho.
Proteo no dijo
si lo acompañaría su mujer.
Apolodoro entendió
que sí.¹⁴¹

¹⁴⁰ Homero, *Odisea*, IV, 351 – 480; 576 – 586.

¹⁴¹ Homero, *Odisea*, IV, 560 – 569; Apolodoro, *Epítomes*, VI, 29 – 30.

*

Hay un soto sagrado en Menfis
y,
dentro de él,
una capilla
que honra
a Venus
Huésped
o Peregrina.
No gasta la Madre
de Amor
esos apellidos
en ninguna otra parte.
Será,
la santa,
Elena.¹⁴²

*

Iba Alejandro con Elena hacia Troya y unos vientos tozudos torcieron su rumbo llevándolo hasta las Taríqueas, en la boca del Nilo que llaman Cenóbica. Allí sus hombres, acogidos al asilo de un templo de Hércules, acusaron a su señor del rapto de Elena. Enteraron a Proteo, alcalde de Menfis, el cual, escandalizado, echó de sus tierras al ladrón y burlador. Él custodiaría a Elena, con el tesoro robado, hasta que su esposo se llegase para reclamarlo.¹⁴³

*

Dice Heródoto
que Homero supo que,
durante su apasionado periplo,
Paris y Elena habían tocado
en la Sidón fenicia
y en Egipto,
y conoció la historia
que le contaron a él los sacerdotes gitanos
(que Elena,
convidada más o menos forzosa de Proteo,
nunca fue a Troya)
y la calló,
pues estropeaba
su poema.

¹⁴² Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*, II, CXII.

¹⁴³ Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*, II, CXIII – CXV.

Asegura además que los *Versos Ciprios* que cuentan
el viaje de bodas de Paris y Elena dulce
y rapidísimo
no pueden ser,
por eso,
de Homero.¹⁴⁴

*

Eran embusteros
los *Versos Ciprios*
y fingía (licencia
de payador)
Homero.
El *padre* de la Historia da fe
al relato de los sacerdotes egipcios.
Pusieron sitio los griegos a Ilión
y reclamaban a Elena,
y los troyanos no la daban
porque no la tenían,
que se hallaba en Egipto, bajo la guarda de Proteo.
Les pareció esto fabuloso,
engaño,
trampa,
entraron al cabo en Troya
y la arrasaron.
Elena no aparecía
entre los escombros.
Sólo ahora
creyeron.
Menelao subió el Nilo hasta Menfis
y pagó mal
(como bárbaro,
atropellando)
a Proteo,
que le restituyó
intacta
(pero no entera, claro)
a Elena,
junto con todo su tesoro.¹⁴⁵

¹⁴⁴ Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*, II, CXVI – CXVII.

¹⁴⁵ Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*, II, CXVIII – CXX.

*

Lo contaba Sócrates,
divertido,
en sus diálogos famosos.
Estesícoro puso a Elena
de vuelta de perejil
en su *Destrucción de Troya*
y castigaron su atrevimiento
(que ofendía a la Hija de Dios)
cegándolo.
Conoció el poeta su pecado y,
para corregirse,
como trabajo de su penitencia,
escribió su *Palinodia*.
“No”, dictó en su recantación rimada,
“fui embustero y faltón,
que tú no te subiste nunca a esa barca,
ni entraste jamás en Troya.”
Nada más terminar el nuevo poema
los dioses,
que se pican
y perdonan
con la misma facilidad
le devolvieron la vista.¹⁴⁶

*

Eurípides lo apuntó primero en su *Electra*,
que Elena nunca pisó Troya, sólo
su fantasma
(la simple, la inocente, estuvo,
mientras Zeus vaciaba el mundo
de héroes,
en Egipto, en la corte de Proteo).¹⁴⁷

Hera quiso torcer las bodas de Paris y Elena
y el príncipe pudo robar
nada más
un pedacito
de cielo
que repetía a la hija de Leda.

¹⁴⁶ Platón, *Fedro*, 243 ss.; *La República*, Libro IX, 586.

¹⁴⁷ Eurípides, *Electra*, 1280 ss.

La verdadera Elena
(la de carne y hueso)
recogía flores sobre su falda
para ofrecérselas a Atenea
cuando el ligerísimo Hermes
se la llevó por el aire
hasta la Isla de Faros,
en Egipto,
encomendándosela a Proteo, su señor.
Todo lo ordenaba Zeus,
que quería
que Elena fuese perfecta
casada,
y Aquiles
héroe épico.

Proteo la guardó
sin tocarla
(pero la soñaría, digo yo, a menudo)
hasta su muerte.
Y ahora su hijo Teoclímeno
la olía
con gana,
babeando,
y Elena se acogió,
suplicante,
a la tumba de su padrino.

La encontró allí Teucro,
campeón troyano errante,
y la maldijo,
rogando a los dioses
que escupiesen
y renegasen de ella.
Le dijo luego cosas
más o menos ciertas.
Que a Elena la sacó su marido, Menelao, de Troya,
arrastrándola del pelo,
y éste había naufragado después,
perdiendo la vida.
Que Leda, su madre,
apretada por la vergüenza,
se ahorcó.

Que sus hermanos, los Dioscuros,
vivían o no, y no,
o se habían dado muerte,
muy afrentados.
Que su hija Hermíone se consumía en soltería
forzosa.

Elena veía así
desgraciado
su nombre
y sus suertes
muy malogradas.

Examinó todos sus futuros posibles
(el cautiverio,
el matrimonio sin amor,
el regreso a Esparta,
donde la malquerían)
y, desesperada,
rumió si los evitaría con la cuerda
y la viga
o con la elegante daga.

Entró Menelao, náufrago,
y supo
que la Elena
que había traído de Troya
se había hecho humo
declarando *ex machina*
qué era,
niebla animada.

Encontró después a la verdadera Elena,
la conoció poco
a poco
honesta
y escapó con ella del apetito del alcalde.
Tuvieron la ayuda de la hija de Proteo
y la bendición de los Dioscuros.

Los Dioscuros entraron
teatralmente
anunciando sus finales maravillosos.

“Elena,
hermanita,
cuando te acabes te subiremos
al cielo,
a nuestro lado,
y ganarás el título de diosa.
Y aquella isla del Ática donde hizo escala el hijo de Maya
cuando te raptó para engañar a Paris
se llamará
Elena.
En cuanto a tu marido, Menelao,
vivirá en la Isla de los Bienaventurados,
pues los dioses se compadecen al final
de los hombres bien nacidos,
aunque los hayan fatigado antes mucho.”¹⁴⁸

*

En esta versión
que inventó el pánico de un poeta cegado
y repitieron los meapilas
Paris y Elena no se gozaron,
allí fue Troya
riñendo por un espíritu,
o un delicado robot.
Menelao ganó una mujer
artificial
y sólo recobró a su esposa
en la corte de Proteo.¹⁴⁹

*

Nadie cuenta más por menudo los inútiles
viajes
de Menelao
detrás de la mala sombra alada de su esposa
que Licofrón en su *Alejandra*.¹⁵⁰

¹⁴⁸ Eurípides, *Helena*.

¹⁴⁹ Apolodoro, *Epítomes*, III, 5; VI, 30.

¹⁵⁰ Licofrón, *Alejandra*, 820 – 876.

*

En ésta raptó (sí) Paris
a Elena,
interrumpiendo la misa que oficiaba,
a remo y vela
dejaron atrás el puerto de Escandia
y el cabo de Egilón,
y en la ática Isla del Dragón
el príncipe pudo desahogarse.
Pero su amor no dobló
ninguna otra esquina,
porque el brujo Proteo se la hurtó
para desafrentar a Menelao
poniendo en su lecho una Elena
gaseosa,
fantasmal.
Para ella tocará su cítara
en su casa de placer,
en Troya.¹⁵¹

¹⁵¹ Licofrón, *Alejandra*, 102 – 146.

xii. “La hija que no ha de ser
buena,
siete estados so la tierra.”

*

Tindáreo nunca supo (o ignoró
adrede)
las fábulas
(¿o eran historia verdadera?)
de la fabricación tramposa de Helena.

Hizo siempre la *parte* del *padre*,
y padeció por ello
(fue su *Pasión*).

*

Tindáreo engendró en Leda,
casi seguro,
a Timandra,
a Clitemnestra
y a Filonoe.¹⁵²

*

Tindáreo faltó a Venus
y la diosa, para castigar su baldón,
hizo que todas sus hijas (más o menos ciertas)
le saliesen
bordes.

Así Elena se fugó con Paris,
y Clitemnestra hizo lo que hizo
con Egesto, y con Agamenón,
y Timandra
(y eso que su nombre significa “honrada por el hombre”)
abandonó a su marido, Équemo, el rey de Arcadia,
y se largó con Fileo.¹⁵³

Filonoe parece la excepción.
De ella no conocemos sus pecados.
De hecho, debió de ser dama virtuosísima,
puesto que Diana la hizo inmortal.¹⁵⁴

¹⁵² Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 6.

¹⁵³ *Catálogo de las mujeres*, Fragmento 67, Estesícoro, citado por el Escoliasta sobre Eurípides, *Orestes*, v. 249.

¹⁵⁴ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 6.

*

Eurípides sacó a los teatros
al *padre* trágico.
Sus hijas se le maleaban,
desfamándolo.
Tindáreo hace al *Viejo*, sale
de negro,
rapado.
Guarda luto por Clitemnestra
(es su *parte*),
pero la odia
por la muerte que dio a su esposo.
Y desconoce
a Elena.
Se considera un hombre bienaventurado
en todo,
menos en sus hijas,
que han echado a perder
su apellido.¹⁵⁵

*

El único templo
de dos pisos
que conoció Pausanias
está dedicado a Afrodita.
En la planta baja hay una imagen de la diosa armada.
En la parte superior de la iglesia
vio una figura tallada en cedro
que dicen que hizo Tindáreo
de Afrodita Morfo, “la Bella”,
velada,
y con grilletes en los pies.
Con eso se desquitaba,
sacándose la espina
de las malas suertes
que había traído a sus hijas.¹⁵⁶

¹⁵⁵ Eurípides, *Orestes*, 249 ss.; 457 ss.

¹⁵⁶ Pausanias, III, 15, 10 – 11.

XIII. Cosas que hubo Elena con Aquiles

Principio de Aquiles

Rodó la manzana de oro por el inseguro suelo
del cielo

la mañana de las bodas de Tetis y Peleo
para que riñesen las tres diosas y se terminasen
los héroes.

A la noche fue concebido Aquiles.¹⁵⁷

Aquiles se empieza,

por lo tanto,

in media res,

cuando la *historia* de Elena ya está bastante adelantada.

¹⁵⁷ Higino, *Fábulas*, XCII.

Aquiles, entre los novietes de Elena

En el *Catálogo de mujeres* que quisieron que escribiese Hesíodo se dice, en aquel tiempo el centauro Quirón educaba aún a Aquiles en las selvas del Pelión. Era sólo un niño, y no pudo haber ido a Troya a pedir a Elena. De haber estado allí es seguro que la habría ganado, porque, desde que echó barba, ningún hombre de la tierra lo igualaba.¹⁵⁸

Han dicho otras cosas. Pausanias oyó de boca de los vecinos de Araino que Aquiles mató a Las, su señor primero, cuando llegó a su región para pedir la mano de Elena. Pero el curioso viajero conoce el *Catálogo de Aquiles*, y entiende, leyendo a Homero, que el héroe sólo fue a Troya para desagraviar a los Atridas, y no porque lo atasen sus juras, y que, además, era demasiado mozo para contarse entre los pretendientes.¹⁵⁹

Sin embargo, la Elena castísima, secreta en Egipto, de la tragedia de Eurípides, dice, disimulada, saber “de oídas” que Aquiles fue uno de los ganosos principitos.¹⁶⁰

¹⁵⁸ *Catálogo de mujeres*, Berlin Papyri, n° 10.560, Fragmento 68.

¹⁵⁹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 24, 10 – 11.

¹⁶⁰ Eurípides, *Helena*.

El matrimonio mágico,
póstumo,
de Aquiles y Elena,
¿continuaba el cuento del príncipe enamorado,
decepcionado la primera vez,
dándole un final con plato de perdices?

Moedades y pronósticos

El niño ganó su nuevo nombre de Aquiles
porque no se amorraba a los pechos de su ama de leche
y prefería criarse con las entrañas de leones y cochinos monteses
y las médulas de los osos.¹⁶¹

Aquiles ganó su apodo de *Rubia*
escondido entre las vírgenes del harén de Esciro,
travestido.
Allí lo descubrió Odiseo.
Llegó como buhonero,
plantó a las puertas del serrallo,
entre otras baratijas,
una lanza y un escudo,
hizo que sonase la trompeta
que llama a la guerra,
Aquiles se arrancó el vestido,
se soltó la melena,
salió,
se armó.¹⁶²

Pero Homero dice, simplemente,
que Peleo envió su hijo a Agamenón,
con su ayo Fénix,
para que lo adiestrase.¹⁶³

Como quiera que fuese Aquiles sabía
(se lo había asegurado su madre)
que dos Parcas
paradójicas
lo conducían,
una,
si seguía en Troya,
a la muerte
y a la gloria,
la otra,
si se iba,
a una vida larga y perezosa.¹⁶⁴

¹⁶¹ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 13, 6.

¹⁶² Higino, *Fábulas*, XCVI; Apolodoro, *Biblioteca*, III, 13, 8.

¹⁶³ Homero, *Iliada*, IX, 432 – 443.

¹⁶⁴ Homero, *Iliada*, IX, 410 – 416.

La visita

Sólo los dudables *Versos Ciprios*
cuentan esto.
Que Aquiles,
cercada Troya,
después (o justo antes) de asolar la región
(robó la vacada de Eneas, en el Ida,
tomó las Cien Ciudades,
y otras muchas,
mató a Troilo)
quiso conocer a Elena,
comido por la curiosidad.
Él,
acuérdate,
afirman los más,
se criaba aún, muchacho, con el cultísimo Centauro,
cuando los príncipes griegos acudieron,
como pretendientes,
a Esparta.

Venus (hada madrina de Elena,
y alcahueta suya)
y Tetis (hija del Cielo y de la Tierra,
esposa fecundísima del Océano,
madre furtiva de Aquiles)
facilitaron el encuentro.
Qué hubieron
no se dice.
Pero ya
nunca
se iría Aquiles de las playas de Troya.¹⁶⁵

¹⁶⁵ *Versos Ciprios*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, I; Apolodoro, *Epítomes*, III, 31 – 33.

Iras y tristeza de Aquiles

Siguieron luego la *Cólera de Aquiles*,
por lo de Briseida,
y el final de Patroclo,
que lo amargó.

Aquiles lloraba a Patroclo.
Ya no le serviría el desayuno,
por la mañana.
Se lo habían roto.
La muerte de su padre,
en Ftía,
o la de su hijo,
que se criaba en Esciro,
no le pesarían como ésta.
La culpa,
o la razón,
de su pérdida
la tenía (dice con hipo,
berreando)
la abominable Elena.¹⁶⁶

¹⁶⁶ Homero, *Iliada*, XIX, 314 – 337.

Muerte de Héctor

Aquiles mató a Héctor y arrastró su cadáver nueve veces rodeando la muralla.

Salió de Troya, apeado, el viejo rey,
se llegó hasta el campamento griego,
buscó la tienda de Aquiles y,
de rodillas, le pidió el cuerpo
roto

de su hijo mayor.

Aquiles echó toda suerte de maldiciones sobre Elena
y juró que, cuando tomasen Troya,
la mataría con sus propias manos en la plaza
para que pagase su pecado.

--Por ella he perdido mucho
(y a Patroclo
últimamente).

Quiso saber entonces, intrigado, la verdadera razón de que guardasen todavía

a Elena.

--Troya (vale
el mundo) se acaba.

Ella deshonró a su marido,
faltó a su patria,

a sus padres,

a sus hermanos medio divinos.

¿Por qué no la echáis de la ciudad,
y abomináis de ella?

--Han sido los dioses --contestó el rey--
quienes nos han desgraciado.

Y a Elena la queremos. Queremos
tanto

a Elena

que todos nuestros muertos,

si nos asombrasen en sueños continuos,

no rebajarían nuestra afición.¹⁶⁷

¹⁶⁷ *Dyctis Cretensis*, III, 23 – 26.

Elena en los sueños de Aquiles

Licofrón, en su *Alejandra*, cuenta los cinco maridos de Elena.
Teseo y Paris caen sobre ella como lobos hambrientos, como águilas encendidas.
Menelao es poco,
un bárbaro
medio cretense
de raíces africanas.
Deífobo, su cuarto esposo,
fue el segundo de los Priámidas,
detrás nada más de Héctor.
Elena fue *lilith*,
o lamia,
o empusa,
de Aquiles,
salteándolo en un sueño húmedo.
Se despertó corrido, corrido.
Elena, soñada, podía
más que Briseida, su cautiva, su favorita,
la que le quitó Agamenón, irritándolo mucho,
más que Patroclo, su as
de bastos,
su sota de copas,
más que la amazona Pentiselea
(la montó,
muerta y todo,
cuando,
después de despojarla de sus armas
y quitarle el yelmo,
descubrió su belleza
tibia),
más que la hija de Príamo
(y por ella habría defendido Troya).
Aquiles sólo gozó
de su sombra,
pero eso ¡es ya tanto!
Lo llaman, sólo por ello,
Pempto, “el Quinto”, en Creta.¹⁶⁸

¹⁶⁸ Licofrón, *Alejandra*, 143 - 176.

Muerte y funerales de Aquiles

Cuando Héctor supo que Aquiles echaría su cuerpo a la perrada,
y a las aves
rapiñeras,
anunció que Paris y Febo Apolo lo terminarían
en las Puertas Esceas.¹⁶⁹

Aquiles fanfarroneaba. Él solo,
ahora que les faltaba Héctor,
sujetaría Troya.
Lo mataron Paris y Apolo,
o Apolo, asumiendo la figura de Paris,
o Paris, animado o guiado mágicamente por Apolo,
con una flecha que le acertó en el talón famoso
o en alguna otra parte más corriente.
Pero los *Dyctis Cretensis* traen una muerte
peor.
Deífobo sujetó a Aquiles,
que había entrado en el templo de Apolo
desarmado,
como tocaba,
y Alejandro lo atravesó con su espada.¹⁷⁰

En el Infierno, en amena conversación
de fantasmas,
Agamenón describía para Aquiles
su muerte en Ilión,
con sus espléndidos funerales.
--Apeado de tu carro
yacías en el polvo.
Todo un día peleamos tu cuerpo.
Por fin te sacamos de allí
y te trajimos a las naves
y te pusimos en las andas,
y te desnudamos,
y te lavamos y ungimos con los aceites más ricos, y con miel.

¹⁶⁹ Homero, *Ilíada*, XXII, 330 – 360.

¹⁷⁰ *Dyctis Cretensis*, IV, 11; Ovidio, *Metamorfosis*, XII 580 ss.; *Versos Ciprios*, *Etiópida*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, II; Higino, *Fábulas*, CVII; Virgilio, *Eneida*, VI, 56 – 57).

Los dánaos,
 de duelo,
 se raparon.
 Salió tu madre, Tetis, la hija
 del mar,
 con cortejo de nereidas,
 y te vistieron ropas inmortales.
 Las Nueve Musas acudieron
 para cantarte.
 Te lloramos, los hombres
 y los dioses,
 diecisiete
 mañanas,
 y a la otra te quemamos,
 degollando sobre tu pira ovejas
 y bueyes.
 Amaneció de nuevo,
 recogimos tus huesos
 y los bañamos en grasa y vino puro.
 Tu madre nos dio,
 para que los guardásemos,
 blanquísimos,
 un ánfora,
 regalo, dijo, de Dioniso, trabajo
 del cojo Hefesto.
 Ahí se conservan, mezclados con los de Patroclo y Antíloco,
 tus amigos primeros.
 Levantamos, para honrar a los tres héroes,
 un túmulo enorme,
 asomado al mar,
 y celebramos unos juegos que fueron
 famosos (Odiseo ganó tus armas,
 y Áyax enloqueció).¹⁷¹

La *Iliada* acaba con los funerales de Héctor,
 y la *Odisea* cuenta los del Pelida, fantásticos,
 sobrenaturales,
 y pinta su alma paseando por prado de blancos asfódelos,
 en el país de los sueños, o de las brumas,
 en el cabo de Leucas,
 donde el sol empieza.¹⁷²

¹⁷¹ Homero, *La Odisea*, XXIV, 1 – 94.

¹⁷² Homero, *La Iliada*, XXII, 357 – 360; *La Odisea*, XXIV, 1 – 94; XI, 467 – 540.

Los *Versos Cíprios* glosan este pasaje la *Odisea*.
Tetis, acompañada de las Musas,
lloró a su hijo
y lo arrebató de la pira
transportándolo hasta la Isla Blanca de los benditos.¹⁷³

Áyax descalabró a Paris
y pudo rescatar el cuerpo casi divino
del Pelida.
Tetis hacía duelo
con corro de lloronas,
las Nueve Musas.
Poseidón la consoló:
--No llores,
mira que tu hijo saldrá enseguida del Infierno
y Zeus lo iluminará.
Guardo para él,
en el Ponto Euxino,
una isla bendita
donde será,
para siempre,
dios.¹⁷⁴

O enterraron, simplemente, sus huesos,
mezclados con los de Patroclo,
en esa Isla Blanca.¹⁷⁵

Pausanias, que todo lo averiguaba,
en sus viajes por Laconia,
lo oyó decir a los crotoniatas
y a los de Hímera.
Hay una isla en el Euxino,
cerca de donde desemboca el Istro,
que llaman Leuce
y está consagrada a Aquiles.
Allí juega a las lanzas y a las espadas
con Áyax, el hijo de Oileo,
y con Áyax, el hijo de Telamón,
y con Antíloco,

¹⁷³ *Versos Cíprios*, *Etiópida*, Fragmento 1, Proclo, *Crestomatía*, II.

¹⁷⁴ Quinto de Esmirna, *Posthoméricas*, III.

¹⁷⁵ Apolodoro, *Epítomes*, V, 5.

y con Patroclo
(y con Patroclo),
y a papás y mamás,
o a médicos,
con Elena,
su última esposa
(pero han dicho también
que Aquiles,
después de su muerte,
casó con la bruja Medea).¹⁷⁶

Lo creyeron los crotoniatas y los de Hímera.
Que en la Isla Blanca,
o Leuca,
en el Ponto Euxino,
junto a la desembocadura del Istro,
distraen sus conquistadas inmortalidades
en la palestra,
en los corrales
y con la caza
Aquiles,
sus buenos amigos
Patroclo
y Antíloco,
y los dos Ayantes.
Aquiles tiene una diversión
añadida y,
me parece,
mayor,
que pasa allí
una luna de miel
que no se acaba nunca
con Elena.

El crotoniata Leónimo, herido,
siguiendo las instrucciones de la Pitia délfica,
pasó a la Isla Blanca para que lo curase Áyax (éste
o el otro no se dice).

¹⁷⁶ Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 19, 9 – 13; Apolodoro, *Epítomes*, V, 5.

Elena le salió
y le encargó
que avisase al poeta Estesícoro
de que sanaría de su ceguera
si se desdecía
y escribía la *Palidonia*.¹⁷⁷

Ahora bien, Hera aseguró a Tetis
que su hijo casaría,
en el Elíseo,
con la bruja Medea.¹⁷⁸

¹⁷⁷ Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 19, 9 – 13.

¹⁷⁸ Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 810 ss. y Licofrón, *Alejandra*, 798.

XIV. Postrimerías de Elena

Elena casera

Homero cuenta en la *Odisea* una Elena casera,
doméstica,
domesticada,
desbravada.

Siguiendo la *Odisea* de su padre Telémaco
(se lo han aconsejado
Palas Atenea
y el prudente Néstor)
visita a Menelao
en Esparta.¹⁷⁹

Bajó del carro.
Celebraban bodas dobles.
Menelao casaba al hijo que había tenido
en su ancianidad
de una criada
con una princesa de la región,
y daba a su hija Hermíone
(la bruja)
al hijo de Aquiles,
cumpliendo su palabra.¹⁸⁰

Los mozos de cuerdas se ocuparon de su caballería,
y las esclavas bañaron a Telémaco,
lo ungieron de aceite
y lo vistieron.
Luego Menelao lo sentó a su mesa,
convidándolo.
Entró en eso
Elena,
y a Homero le pareció
“semejante a Artemisa,
la diosa de rueca de oro”.

¹⁷⁹ Homero, *Odisea*, I, 285 – 286; III, 317 – 328.

¹⁸⁰ Homero, *Odisea*, IV, 1 – 14.

Acercaron las criadas a su señora una “silla labrada”
que cubrieron con un “tapete de lana suavísima”,
y una cesta de plata,
con ruedecitas,
y una rueca de oro
que le regaló en Tebas
su alcaldesa, Alcandra.
Elena se aposentó,
apoyando los pies en un escabel,
miró a Telémaco
y vio en su espejo a su padre, muchacho,
y lloró.¹⁸¹

Elena tenía botica
muy bien surtida.
Había aprendido la ciencia farmacéutica
en Egipto,
en las aulas de Polidamna,
la faraona.
Preparó una droga
que echó en el vino.
Brindaron después los comensales
y se les quitaron todos los pesares.¹⁸²

Elena entretuvo luego
a su huésped
contando la vez que Ulises,
disfrazado de mendigo,
se coló en Troya
y descubrió su final.
Menelao confirmó
la historia,
y dijo lo del caballo
de palo,
cómo su mujer lo había rodeado
imitando las voces
de las esposas
de los guerreros,
palpando sus apetitos.¹⁸³

¹⁸¹ Homero, *Odisea*, IV, 37 – 185.

¹⁸² Homero, *Odisea*, IV, 218 – 233.

¹⁸³ Homero, *Odisea*, IV, 234 – 289.

Aposentaron a Telémaco en el porche, en cama riquísima
que Elena mandó que armasen para él.
El Atrida y su esposa dormían en la última habitación,
al fondo del pasillo.
A la mañana Menelao salió vestido,
calzaba sandalias,
llevaba la espada colgada al hombro,
y parecía dios
(lo iluminaba Amor).¹⁸⁴

Segunda vez
pinta Homero
a Menelao
recién levantado,
deshecha la cama matrimonial.¹⁸⁵

Telémaco se iba.
Elena le preparó un almuerzo,
sacó de sus cofres
el peplo más precioso,
que ella había labrado
con sus manos,
y se lo regaló,
para que lo guardase,
hasta su matrimonio,
su madre, Penélope.
Él lo colocó todo en el carro
con mucho cuidado.¹⁸⁶

Arreaba su mula Telémaco,
y vio un águila
diestra,
con una oca en las garras,
robada en el corral,
“mansa
y blanca”.
Elena había aprendido también a leer el vuelo de las aves.

¹⁸⁴ Homero, *Odisea*, IV, 290 – 310.

¹⁸⁵ Homero, *Odisea*, XV, 56 – 58.

¹⁸⁶ Homero, *Odisea*, XV, 92 – 94; 123 – 132.

Auguró,
dijo,
el águila representa a Ulises,
que vuelve a casa
después de sufrir una larga *odisea*
y urde la ruina de los pretendientes
de su mujer.¹⁸⁷

De regreso en Ítaca
Telémaco contará a su madre
que en Laconia
había visto a Elena,
la mujer que tantas fatigas trajo a griegos
y troyanos
porque así lo quiso el Cielo.¹⁸⁸

¹⁸⁷ Homero, *Odisea*, XV, 171 – 179.

¹⁸⁸ Homero, *Odisea*, XVII, 118 – 121.

Elena en Argos

En Argos Elena no ha bajado
del barco
hasta la noche,
que la romperían a pedradas
los huérfanos
de los guerreros caídos.
Llora a su hermana Clitemnestra,
y la desgracia de su casa,
y halla consuelo
y hasta alegría
en su hija,
Hermíone,
que se criaba allí
desde que ella
desamparara
su hogar.

Para honrar al espíritu de su hermana Elena ha ofrecido
“unas libaciones
y unos mechones de sus cabellos”.
Pero no se atreve (la matarían,
la matarían)
a ir a su tumba,
y envía a su hija Hermíone.
Electra, que (también) la odia,
la riñe
con sarcasmo,
pues, coqueta,
sólo se ha recortado las puntas
para preservar su hermosura.

Han aborrecido a Elena
casi todos los dioses
y todos los argivos
y el Corro de mujeres de la Hélade
y Electra
y Orestes y Pílates
y su padre.

Tramaron el asesinato de Elena
Orestes,
Pilades (primo hermano suyo, y su mejor amigo)
y Electra.
Calcando
(por poco)
la manera
en que mataron
a Clitemnestra
Electra guardó la puerta del palacio
y jaleaba a los secretarios de su odio,
que habían entrado,
las espadas de doble filo desenvainadas,
y hacían carnicería en la desgraciada.

Oyeron
la cortísima
querella
de Elena,
sus ayes largos,
el ruido de los cuchillos.

Sólo lo vio todo,
desde detrás de una cortina teatral,
un esclavo frigio.
Elena huía del degüello
como podía
(la estorbaban sus sandalias de oro),
corría de una habitación a otra
y desapareció
delante de los ojos de los sacamantecas que le iban detrás.
Si fue por arte
de birlibriboque
o porque algún dios
la robase
no lo sabía.

Menelao no creyó aquel testimonio,
pedía el cuerpo de su esposa
para honrarlo.

Electra, Orestes y Pílates callaban
como bobos asustados.
Entró en eso
(arriba,
saliendo de la máquina
del cielo
del teatro)
Apolo,
con Elena
(casi casi divina)
de la mano.
Él, dijo, la había rescatado,
porque así lo había querido su Padre,
y compartiría habitación
celestial,
de dos camitas gemelas,
para siempre,
con sus hermanos,
los Dioscuros,
patrones seguros
de los marineros.
Decretó luego el destierro
de Orestes,
pasaría un año
en el extranjero,
y regresaría,
purificado,
para gobernar en Argos.
A Electra la casaba
con Pílates.
Y a Menelao le aconsejaba que tomase segunda esposa
menos incierta.¹⁸⁹

¹⁸⁹ Eurípides, *Orestes*.

Elena en Rodas

Pero los rodios cuentan otro
final,
que Elena,
viuda nueva
(su última vez),
perseguida por sus hijastros,
huyó a Rodas,
y pidió asilo a su amiga de antes, Polixo,
la reina de la isla.
Polixo había perdido a su marido, Tlepólemo, el “alto
y noble
Heráclida”,
en Troya
(fue,
érase una vez,
pretendiente de Elena,
y mandaba nueve naves),
y guardaba rencor a su huésped.
Sus criadas,
disfrazadas de horrorosas Erinias,
sorprendieron a Elena
cuando se bañaba.

La ahorcaron las fingidas Furias
de un árbol,
o se colgó ella,
espantada.
Tiene desde entonces Elena Dendrídite,
o de los Árboles,
iglesiuela dedicada
en la isla de Rodas.

Mira,
en Arcadia,
muy cerquita de Cafias,
cambió de apellido Artemisa Condileátide
porque unos críos,
jugando,
colgaron su imagen
de un árbol.

Desde entonces la llaman
Artemisa Apancómene,
que quiere decir
la Ahorcada.
Y Homero,
en un verso,
compara a la Elena doméstica
con Artemisa,
“la diosa de la rueca de oro”.¹⁹⁰

O fue que,
durante el viaje de regreso,
unas corrientes empujaron
la capitana
hasta la costa rodia.
Los del lugar,
oliendo a Elena,
llenaron la playa
armados de piedras.
Menelao, entonces,
vistió a una cautiva troyana
(pobrecita mía)
con el traje de la reina
y la forzó a desembarcar
con mucho aparato,
representando su majestad.
Lapidaron a la falsa hija de Zeus.¹⁹¹

¹⁹⁰ Higino, *Fábulas*, LXXXI; Homero, *Iliada*, II, 653 – 670; *Odisea*, IV, 121 – 122; Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 19, 9 – 10; VIII, 23, 6-7.

¹⁹¹ Polieno, *Estratagemas*, I, 13; En Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología Griega y Romana*.

Helenoforias

La fiesta de las Helenoforias celebraba, en Esparta,
a Elena como Señora
orgiástica.

Dentro de un cesto que llamaban *helene*
llevaban las muchachas en cabellos
cosas

que no podían decir,
ni nombrar,
y que daban gusto.¹⁹²

¹⁹² Pólux, *Onomasticon*, X, 191. En Robert Graves, *Los mitos griegos*, 62.3.

En Táuride

Esto lo creyó nada más Tolomeo Hefestiono,
que visitaron Menelao y Elena
el país de los Tauros,
y allí Ifigenia,
carnicera de Diana,
los sacrificó a su Señora,
la Virgen Blanca.¹⁹³

¹⁹³ Tolomeo Hefestiono, IV. En Robert Graves, *los mitos griegos*, 114.o.

Sobrenatural

Elena y sus hermanos son campeones
sobrenaturales
de Esparta.

Una noche que el mesenio Aristómenes atacó la ciudad
los fantasmas de Elena y los Dioscuros
lo espantaron.¹⁹⁴

¹⁹⁴ Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 16, 9.

Hijos de Elena

Elena concibió de Menelao a Hermíone,
y luego los dioses,
para castigar su pecado de amor,
la secaron.¹⁹⁵

Pero Elena
(está escrito)
tuvo, acaso,
a Ifigenia
de Teseo,
y el autor de los *Versos Ciprios*
cuenta que se llevó a su tercero, Pleistenes,
con ella, a Chipre,
y que parió,
de Paris,
un niño, Agano.¹⁹⁶

Y en otro lugar,
menos autorizado,
he leído que Elena concibió, de Paris, tres hijos,
Bunomo, Corito e Ideo.
Los pobres murieron aplastados cuando se derrumbó sobre ellos
el techo de su palacio
mientras se acababa Troya.¹⁹⁷

Nicandro hace también a Córito hijo de Paris y Elena.
Pero Helánico de Lesbos y Cefalón de Gergita
escribieron que fue hijo de Paris y Enone,
y que fue a Troya, entre sus aliados,
y se enamoró de Elena,
y que ella, viéndolo tan apuesto,
le correspondió,
y que Paris,
enterado,
lo mató.¹⁹⁸

¹⁹⁵ Homero, *Odisea*, IV, 12 – 14.

¹⁹⁶ *Versos Ciprios*, Fragmento 9.

¹⁹⁷ *Dyctis Cretensis*, V, 5.

¹⁹⁸ Partenio de Nicea, *Sufrimientos de amor*, XXXIV, <<Sobre Córito>>.

Menelao sí tuvo otros hijos, todos ellos
varones,
de sus concubinas más o menos gustosas
(esclavas, ninfas de los ríos, godas),
mozos que apetecieron seguro,
nada más barbar
(pero no se dice)
a su madrastra,
y la odiaron luego,
cuando dio con las puertas
de su dormitorio de viuda
nueva
en sus hocicos mocosos,
y buscaron su muerte
(esto sí lo han dicho).¹⁹⁹

¹⁹⁹ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 11, 1; Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 19, 9 – 10.

Geografías

En lo alto de la colina de Terapne,
vecina de Esparta,
a la izquierda del río Eurotas,
tenía capilla una Elena
milagrosa
(y doble sepultura señalada,
trasera,
Menelao y su esposa).
A ella acudía a diario,
muy devota,
un ama de leche
con su cría,
la niña más fea del mundo,
rogando que la remediase.
Una mañana se le apareció
una mujer
(sería Elena,
que visitaba la tierra),
pidió que le enseñara
a la nena
y le acarició la cabeza.
La chiquilla mejoró poco a poco
y llegó a ser,
al cumplir los quince años,
una muchacha hermosísima,
tanto que Aristón, el rey de Esparta,
se casó con ella en terceras nupcias,
quitándosela con una argucia
a su amigo Alceto.²⁰⁰

Hay una Elena
geológica:
enfrente del puerto corintio de Céncreas
baja hacia el mar una cascada de agua salada con tanta fuerza
que parece que se caldea.
Llamaron al lugar el Baño de Helena.²⁰¹

²⁰⁰ Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 7, 7; 19, 9; Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, VI, 61 – 62.

²⁰¹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 2, 3.

En la ciudad de Esparta,
cerca del sepulcro del poeta Alcmán,
levantaron un santuario a Elena.²⁰²

²⁰² Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 15, 3.

Elena, en la *Eneida*

Yarbas, celoso de Dido,
llamaba a Eneas “nuevo
Paris”.

Pero el héroe fugado
no se portó
con su dama.²⁰³

Eneas regaló a Dido un manto y un velo
carísimos
que fueron de Elena,
de su dote.²⁰⁴

²⁰³ Virgilio, *Eneida*, IV, 215.

²⁰⁴ Virgilio, *Eneida*, I, 647 – 652.

xv. Apéndice:
Simón el Mago y Elena

Simón fue el primer hereje,
“maestro”
y “progenitor”²⁰⁵
de todas las desviaciones de la doctrina católica,
y el padre, más en particular, del Gnosticismo.

De no haberse perdido,
podría usted leer
acerca de toda esta doctrina,
y de las *vidas* de Simón y Elena,
en el *Evangelio de los cuatro rincones y quicios del mundo*
que utilizaban los gnósticos simonitas,
libro que Abrajam Equelesense juzgó abominable.
Traen sus noticias,
más o menos fabulosas,
sus contrarios.

Epifanio retaba a Simón.
Si eres quien dices que eres,
si vales y puedes
tanto,
y tu pupila Elena es, ahí es nada, el Espíritu Santo,
señala el lugar de las Escrituras que revela
o esconde
vuestros nombres misteriosos.²⁰⁶
Pero Simón entendía que el Libro
lo habían dictado los ángeles que hicieron este mundo
para confundirnos.²⁰⁷

Soy mucho, decía Simón, mucho,
y llego a mucho, decía,
y con sus brujerías
señoreaba a los samaritanos.
Simón oyó entonces a Felipe, y creyó,
y pidió que lo bautizase.

²⁰⁵ Ireneo, *Contra los herejes*.

²⁰⁶ Epifanio, *Contra los herejes*, II, 5.

²⁰⁷ Ireneo, *Contra los herejes*, I, XXIII, 3.

Vinieron después Pedro y Juan,
y vio que repartían el Espíritu Santo a manos llenas.
Quiso Simón, con dinero, comprar esa gracia,
y Pedro lo riñó, severísimo,
en esto, le dijo, no tienes
parte ni herencia,
y te perderás,
te perderás.²⁰⁸

Simón fue energúmeno,
y lo ayudaban,
para obrar maravillas,
la cuadrilla de demonios que lo poseían.²⁰⁹

Simón de Gitta fue el dios
primero
de casi todos los samaritanos,
sus paisanos,
y de algunos de otras naciones.²¹⁰

Llaman a sus discípulos lo mismo simonianos
que helenianos,
pues podían tanto
Simón
como Elena.²¹¹

Sus beatos hicieron una imagen de Simón como Júpiter,
y otra, de Elena,
como Minerva.²¹²
Les tienen mucha devoción,
y llaman, a Simón, Nuestro Señor
y, a Elena,
Nuestra Señora.²¹³

²⁰⁸ *Hechos de los apóstoles*, VIII, 9 – 24.

²⁰⁹ Justino Mártir, *Apología*, I, 26.

²¹⁰ Justino Mártir, *Apología*, I, 26.

²¹¹ Eso supo Celso. Orígenes, *Contra Celso*, V, 62.

²¹² Ireneo, *Contra los herejes*, I, XXIII, 2 – 4.

²¹³ Hipólito, *Philosophumena*, VI, 20.

Simón citaba las Escrituras
para confirmar que Elena era
un aspecto
de la diosa de la Sabiduría
y de la Guerra.²¹⁴
La igualaba a Yahvéh,
y a los cristianos de su ejército,
que parecen, en efecto,
en su Libro, Atenea,
armándose
(el ceñidor, la túnica, la coraza, el yelmo, el escudo).²¹⁵

Simón se manifestaba a los judíos
como el Hijo,
a los samaritanos como el Padre,
y al resto de las naciones
como el Espíritu
Santo.
Todos los nombres lo decían,
todos valían
para decir
qué era,
quién era.²¹⁶

Elena era
el Espíritu Santo,
ahí es nada,
algunos la llaman Prunícus,
quizás porque cargaba amorosamente
con Simón,
otros Barbero, o Barbelo,
su emanación primera.²¹⁷

En la madrugada
(antes de que comenzase todo)
a Simón se le escapó un pensamiento amoroso.

²¹⁴ Epifanio, *Contra los herejes*, II, 3.

²¹⁵ Isaías, XI, 5; LIX, 17; Epístola a los Efesios, VI, 11 – 17; Primera Epístola a los Tesalonicenses, V, 8.

²¹⁶ Ireneo, *Contra los herejes*, I, XXIII, 1.

²¹⁷ Epifanio, *Contra los herejes*, II, 2.

Aquel sueño húmedo
y tibio
se volvió rocío mañanero, blanco
blanco,
y luego se hizo carne maravillosa
y nació Elena.

Elena concibió de Él a los ángeles,
los albañiles de este mundo, el universo material,
y los fantásticos pájaros, orgullosos,
no toleraron ser hijos
de nadie,
mera fabricación,
y putearon,
celosos y encelados,
a su Mamá,
envileciéndola,
rebajándola,
y la hicieron su cautiva,
su soldadera
para que no pudiese volver
al Cielo,
con Papá.
He ahí la Pasión de Elena:
su alma pasa de una hembra a otra (golfas
todas).
Sólo conserva
el nombre.
En su transmigración más famosa
ocupó el cuerpo de la Hija de Dios, o de Tindáreo,
y fue Elena de Troya.
En la última fue una ramera de Tiro.
Era siempre la *oveja descarriada, perdida*, de las Escrituras.
Entonces el Padre bajó,
se encarnó (no exactamente,
pareció, nada más, hombre,
y fingió su Pasión, y su muerte),
y vivió (casi) entre nosotros,
y rescató a su hija, comprándosela a su chulo,
y haciéndola su concubina.²¹⁸

²¹⁸ Ireneo, *Contra los herejes*, I, XXIII, 2 – 4; Epifanio, *Contra los herejes*, II, 2.

Para nosotros dijo lo que dijo Simón,
y escribió lo que escribió,
que Ella (Elena, Elena) lo vio y, contemplándolo,
le dio el nombre de Padre,
y lo escondió dentro de sí,
y fueron uno,
macho y hembra a la vez,
sin principio
ni fin.²¹⁹

Elena esperaba la *primera*
venida
de Simón²²⁰
muy entretenida
y ocupada,
distrayendo la gana,
primero,
de los ángeles,
y luego de los puteros.

Simón compró a Elena,
quitándola de su viejo oficio,
con el dinero que lo había perdido
delante de Pedro,
y la subió a los cielos,
no se sabe muy bien si sobre sus hombros o sobre las rodillas.²²¹
Allí le puso un cortijo donde recibe gustosa
al Señorito.

Esto lo oyó Clemente a Aquila y Nicetas,
que conocieron bien a Simón.
Simón era el hijo de Antonio y Raquel.
Estudió artes mágicas en Alejandría,
y siguió y sucedió a un Juan
que tenía veintinueve discípulos y medio,
número perfecto.

²¹⁹ *Apophasis Megalé, La Gran Anunciación o El Gran Pronunciamento.*

²²⁰ Epifanio, *Contra los herejes*, II, 3.

²²¹ Tertuliano, o Pseudo Tertuliano, *Sobre el alma*, 34, 36.

El mayor era Simón,
la que valía medio hombre
Elena.
Elena era otro nombre de la Luna.²²²

En una ocasión (y esto lo cuenta Aquila, enemigo de Simón)
pudo verse a Luna (otro aspecto de Elena)
mirando al mismo tiempo
desde todas las ventanas que rodeaban una torre.²²³

Simón pidió a sus discípulos que lo enterrasen
vivo,
quería que viesen cómo,
al tercer día,
también él resucitaba.
No supo.²²⁴

O bien, en un duelo con Pedro, en Roma,
fue a volar
y se descalabró,
mostrando la diferencia
entre la gracia y la hechicería.²²⁵

O bien, subido a una carroza,
se despeñó,
copiando torpemente a Elías,
y se rompió una pata,
y se quitó después la vida,
corrido de seguir viviéndola.²²⁶

²²² Clemente, *Homilías*, I, 23; *Recognitiones*, II, 8.

²²³ *Recognitiones*, II, 9.

²²⁴ Hipólito, *Philosophumena*, VI, 20.

²²⁵ Teodoreto, *Compendio de Fábulas Heréticas*, I, I.

²²⁶ Arnobio, *Contra los Gentiles*, II, 12.